

AMERICA

Nos. 21 y 22



MARCELIN BERTHELOT

Valor: \$ 0,60

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
de Literatura, Ciencias y Artes

Dirección:

Alfredo Martínez

Guillermo Bustamante

Hernán Pallares Zaldumbide

Augusto Arias R.

Direct

Nicol



SIMON BOLIVAR

BOLIVAR Y EL HEROISMO

VALOR, INTELIGENCIA

POCOS son los libros de la humanidad que tienen un poder tan trascendente y estimulador como los de Carlyle, y es que se enraizan profundamente con la vocación que es ya la fuerza organizada del destino y penetran en la complejidad de la biografía, no sólo para complacerse en el simple lincaamiento de las fisonomías, sino para mostrarnos la figura integral de quienes reflejaron en su dinamismo y en su pasión los nobles atributos del universo, haciéndolos poema, valor, constancia, triunfo, fe, resolución, ímpetu, armonía. En los retratos animicos trazados por Carlyle no nos impresiona solamente la fidelidad del parecido y el análisis claro del espíritu y la obra, sino que nos conmueve la virtud ejemplarizadora de que emanan esas siluetas inconfundibles.

PUEDE hallarse a Carlyle, desde cierto punto de vista, algún ascendiente en el autor de "Las Vidas Paralelas" que se ocupó asimismo en el modelo sobrio y convencedor, de los genios de la humanidad cuyos relieves enérgicos se

hicieron inolvidables bajo la diestra de Plutarco, animadora de la arcilla del pensamiento.

EMERSON, entre los modernos, se empeñó también en poner una viveza reveladora en las pinceladas del retrato ejemplar, facultad que culmina en José

Enrique Rodó que ha contemplado a Bolívar y a Montalvo, en la plenitud de sus soberbios destinos, encendiendo el uno la antorcha del vivac y fecundando el otro, con el riego de la palabra castellana, el curioso surco del tratado. Román Rolland se caracteriza de igual modo por su aptitud para fijar en los contornos de la expresión los caracteres de los héroes, de los sabios, de los poetas.

Por el vasto palacio glorificador de sus "Vidas Ejemplares" pasan Miguel Angel y Tolstoy, y se perfila con luces de eternidad la cabeza de Beethoven, extraordinaria en la concepción de la "Novena Sinfonía".

CARLYLE que es de entre los biógrafos artífices el que con más habilidad de hallazgo dá con el brillante joyel del espíritu, con la arista pro-

AMERICA

saluda fraternalmen-
te, en el 20 aniversario
de su fundación, a sus
nobles camaradas de
pensamiento.

Agosto de 1927

nunciada del carácter, en su libro varío y profundo, "Los Héroes", considera las expresiones anímicas que han colocado a los grandes genios universales, en esa línea cumbre que representa el cenit de la vida y la justificación de los valores de la existencia, en la línea del heroísmo.

POR las páginas armoniosas y rotundas de este ensayo prodigioso decurre una estela que es connatural a todos los genios y que se ilumina en tres líneas igualmente refulgentes: la nobleza, la verdad y la fe. Impreso sobre el corazón de sus hombres ese triángulo esencial, vemos pasar al héroe guerrero, al héroe sabio, al héroe poeta, al héroe estadista. Carlyle halla heroísmo hasta en la vida del asceta y como los finos psicólogos que encontraron el placer del dolor, juzga posible la paradoja del invicto vencimiento, coincidiendo con ese amable buceador de sabidurías, Don Miguel de Unamuno, que gustó de recorrer el sendero manchego del Quijote, héroe también a su manera ilusoria, héroe de la recomenzada esperanza del bien, héroe de las aspas del cotidiano molino de la aventura.

EN esa mansión de gloria de Carlyle, cabría a Simón Bolívar, el Libertador de América, un elevadísimo sitial. La concepción del heroísmo guerrero alcanza en él la más patética de las representaciones. Ninguna fuerza más viva que la suya. Y avasalladora, incontentible, como arrancada de un poderoso ensueño, de una certeza formidable. Sería lugar común recurrir ni siquiera a la somera enumeración de sus campañas de leyenda para ilustrar de nuevo, en el pálido recuerdo, sus jornadas heroicas. Pero su alma, su mundo interior, tienen más fuerza que su genio bélico. O se complementan, más bien, su poético afán y la realidad de su prodigiosa conquista. Efectivamente. La libertad de América es un homérico poema ya tangible. Y el mundo bolivariano que invocamos ahora como un ideal complejo de la humanidad, como un dechado de compenetración de iguales destinos y de idénticas aspiraciones, ya estuvo en imaginativa guirnalda, dorando los pensamientos de Bolívar, derramando luz de consolaciones en las treguas del combate, proyectando en el futuro cenit una claridad en que la fraterna América aparecía con atavíos de reina, construyendo el campamento nuevo con las tablas de la carabela de Colón, que se habían hecho desmesuradas en el tiempo y en el espacio.

La obra de Bolívar ha resultado la más poderosa, porque en ella caben los dos grandes heroísmos consultados por Carlyle: el del valor y el de la inteligencia. Y en el fondo del héroe militar hallamos el héroe poeta.

No sólo un fácil instinto literario, sino algo más, el rumor de ese vuelo genial, sostenido por los vientos oportunos de la fantasía y la meditación, se descubre en las páginas de Bolívar. Recorred si no cualquiera de sus "Discursos y Proclamas". Allí el pensamiento mesurado como en la formación de inúmeros ejércitos de ideas; allí el clarín vibrante como en la alerta de la victoria; allí la acometida, el empuje, el ímpetu, como en la fiebre de la guerra; allí el largo clamor fatigado, como en el triunfo generoso; la diana aligera y repetida como en la gloria de la madrugada guerrera, o el clarín agudo y sostenido, pausa de silencio sobre la elegía del campamento repleto de cadáveres, o el redoblado tambor, augural, en la espera del enemigo.

JAMÁS hubo en otro Capitán de los tiempos heroicos esa absoluta identificación entre el verbo y la obra, esa justeza providencial entre el sueño y la realidad. Y a quien le cabe un lugar inminente en el cielo de la epo-

peya, ha de concedérsele también, en justicia, un haz de páginas florecidas en el reposo de las Antologías.

APOLO y Marte, arrancados de la mitológica caríatide en que dormían sueño secular, cobraron inesperada viveza en la existencia de Bolívar... El poeta heroico surge en su magistral "Delirio sobre el Chimborazo".

EN este magnífico poema, se entrelazan, con fuertes ataduras, la conciencia de la obra que hemos de llenar de realidades y el sueño de lo que podemos hacer que nos veda el horizonte y pone en nuestros nervios la fiebre de la lucha.

LAS imágenes se esmaltan con luces cambiantes, breves, coloridas. Sobre la majestad del Chimborazo, el hielo de las cumbres, herido por el sol ecuatorial, proyecta un fantástico arco-iris en la movilidad de sus pensamientos. El vértigo de la ascensión se mezcla en sus visiones con el desánimo del descenso y entre la cumbre y la sima, entre la esperanza y la fe, se yergue, como un acicate, la sombra del Tiempo, con la hoz en la diestra, con las violentas alas del espacio y las luengas barbas de los años.

"Yo venía envuelto en el manto del Iris... De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades; ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano..."

LA pluma de Bolívar, ligera y fiel, da forma a su Delirio.

TODAVÍA en una de las calles historiadas de Riobamba, se conserva, anciana y humilde, la casa en que habitó Bolívar por el tiempo en que fuera el Chimborazo pedestal de su lírico sueño. Se cree que al abrigo de esas paredes, carcomidas hoy, escribió esas impercederas frases que revelan su don literario en la inminente fuerza de la poesía:

MEDARDO Angel Silva, uno de los mejores poetas ecuatorianos, de la cuna en que naciera Olmedo, el máximo cantor de Bolívar, ha logrado retener con diestras pinceladas, en épicas estrofas, la sombra del Libertador de América, sobre la erguida cabeza del Chimborazo:

"Y sobre la montaña al prodigio propensa,
se detuvo un instante la Eternidad suspensa.
Nunca, desde el Tabor se vió mayor grandeza
humillando de un monte la vetusta cabeza!

Y aquellos dos gigantes se hallaron frente a frente:
los siglos, como en una fugitiva corriente,
circundaban las sienas del viejo; su corona
eran los muertos días; en su mano temblona
llevaba una hoz por cetro...

Y la figura homérica
era Simón Bolívar, Libertador de América."

EN los ritmos de Silva preludea otra vez la armonía del delirio bolivariano.

LE cabe al Ecuador, a su naturaleza varia y matizada, a la majestad de sus volcanes, a la cumbre de su Chimborazo, la fortuna de haber presidido los arranques líricos de Bolívar, así como le toca a Quito haber inspirado la tibieza del calor hogareño a ese magnánimo Tenicute de Bolívar que la llamó "la ciudad querida de su corazón ..."

BOLÍVAR, este héroe poeta y guerrero, dueño de doble aureola, poseedor de dos valores magnos que se agigantan con el tiempo que sorprendió en su Delirio y que en su altura se abraza con el Chimborazo, transita ya, el más grande, por los gloriosos lares del Olimpo.

EL poeta peruano Alberto Hidalgo, dice en graciosa frase poética del Bolívar inmensurable:

"¿Su estatura?

No se ha podido precisar....

Variaba

según las emociones de su espíritu.

Unas veces dos metros,

otras, quinientos, otras....

(Toda medida hubiese sido corta

para medir el tamaño de este hombre

cuando pensaba en Libertar la América).

MIRÉMOSTE, por detrás del objetivo de Carlyle, en su estatura heroica, ya gigantesca.

Augusto Arias

Quito, Ecuador





CABALGATA EPICA

Entre las arduas sierras andinas,
marchas forzadas, marchas cerúleas,—
¿quién no ha visto al amor de la Historia
a Bolívar guiando sus Héroes?

Sudor y hierro, fríos crepúsculos!
El Sol occídúo besa a los débiles,
los remisos, y pone en las cumbres
una tierna mentira de oro.

Y en los remansos del rumor bélico
se ablanda el ceño del Héroe Epónimo
victorioso, aclamado por vírgenes
coronadas de cucúta y de hiedra.

Tal le admiramos; y en las borrascas
todos sus triunfos para los Pueblos,
como cuando volaba a Angostura
a dar cuenta gentil al Congreso.

Diga su nombre la Musa cívica,
nunca son vanos nuestros torneos,
saludando a la América hermosa
que abrevó su caballo divino.

Ah, que no fuera su sueño espléndido!
Ah, que no fuera su espada heráklida!
Y el destino de la Gran Colombia
se perdiera en la noche radiosa.

Los grandes ríos en triunfo síguenle,
el Tequendama lanza un son hímnico,
y en las astas del Toro de Europa
se pasea una fúlgida estrella....

Como él un día houró en el Bárbula
el corazón de Girardot
en la urna preciosa, los Pueblos
guardarán su recuerdo y su gloria.

Amada España: Si voló el Cóndor
de la melena de tu cantábrico,
podéis verle en el puro infinito
sobre el Mayo sin fin de los Héroes!

Humberto Fierro

Quito, Ecuador

BOLIVAR

EL HEROE Y EL GENIO DE AMERICA

(FRAGMENTOS)

EL LIBERTADOR

UN hombre vale tanto o más que millones de hombres cuando él los mueve y empuja. La masa humana avanza al parecer en la línea recta del instinto; pero en realidad, porque detrás vigila y rige el conductor, y por la sugestión de la soberanía, mantiene la cohesión del rebaño.

Principalmente en las edades de epopeya, cuando la humanidad necesitó una fuerza a la que convergiesen todas las fuerzas, un centro de atracción y unidad, se produjeron los caudillos que representaban el pasado y el porvenir de razas y pueblos: tales fueron Alejandro, César, Carlomagno, Mahoma, Napoleón.... Estudiados los sucesos en que actuaron los protagonistas de la historia se pregunta: ¿cuál habría sido el curso de las cosas, a faltar los caudillos, que las determinaron? Alejandro fue una resultante de la civilización helénica, César el de la romana, Napoleón el de la Francia revolucionaria? Habríanse producido la expansión, la extensión, la superioridad de Grecia sin Alejandro, las de Roma sin César, las de la Francia cosmopolita sin el *Capitán del siglo*?

La emancipación americana tuvo su genio, alma de su movimiento y energía de su impulso, que puso en aquella osadía, la gentileza, la gracia, las



bellas excelencias del valor y las elegancias de la acción. Bolívar representa el gran movimiento nacionalista de Hispano América: de ella fue Libertador. Si otros le habían precedido, sus astros palidecieron al levantarse el sol sobre la silla del Avila. En Méjico se luchó por la independencia tanto como en Buenos Aires; pero en estos vastos territorios, no se habría consolidado la libertad sin la aparición de Bolívar, sin la influencia superlativa, que dió el golpe primero y el golpe final de la maravillosa campaña que creó en el

Nuevo Continente una familia de naciones. Contra él tentó España los posteriores alardes de su bizarría. Vencido el caudillo de Caracas, habrían vuelto quizá los Virreyes a Buenos Aires y Méjico o tal vez por iniciativa de la Santa Alianza, la monarquía española hubiese extendido vástagos de su realaleza a la tierra americana para seguir un procedimiento paralelo al de Portugal en el Brasil. Con el apoyo de San Martín y de los estadistas partidarios de la monarquía, ésta habría tomado su desquite contra la libertad, y quién sabe cuantos años el trono hubiera pesado en las metrópolis coloniales.

La hegemonía de la República triunfó con Bolívar. La lógica de la historia explica su popularidad, y el sufragio de todos los pueblos en pro de la limpieza de su fama. Al alejarse en las brumas del tiempo los acontecimientos de la guerra de separación, van quedando borrosas las escenas del gran Virreinato de Méjico y de las campañas de Chile y del Río de la Plata, para dejar en primer término, la figura de Simón Bolívar en medio de la constelación luminosa de sus batallas y de sus capitanes.

Formó a Colombia, libertó al Perú, fue su hija Bolivia, afirmó la independencia del Continente, preparó la libertad de Cuba y Puerto Rico, ideó arrinconar la púrpura imperial, en el prodigioso Brasil, llevó su influencia al Paraguay, obtuvo promesa de reconocimiento de un patronato glorioso en las soberbias Repúblicas australes; y soñó para sus postrimerías, la empresa de conducir sus armas a España misma, más querida después de la derrota, cabeza y corazón de América; con ella fue nuestra lucha civil, únicamente; y bien podíamos los españoles americanos pagar con la libertad y democracia — a la España — conquistadora y colonizadora, su abnegación en pro del Nuevo Mundo.

De los caudillos conductores de la humanidad, unos, los más, han luchado por su propia gloria, para lustre de la especie y manifestación de cuanto es capaz la fuerza al servicio del genio;

conquistaron otras provincias y naciones para formar imperios y colectividades, unidas por el lazo del temor y mantenidas por la inercia del miedo.

Cuán pocos entre los grandes hombres, vieron exentos de codicia y de esa idolatría personal que mengua las más altas reputaciones!

Los conquistadores del Asia organizaron sus reinos para la majestad real. Ante Alejandro enmudeció la tierra, pero su espada de civilizador, de heraldo de la cultura griega, no daba a los vencidos más que el yugo. Roma organizó el mundo para una hegemonía colosal, pero no concedió a los pueblos sojuzgados bajo las águilas del Imperio, las prerrogativas de la ciudadanía. Esta se reservó como patrimonio de los elegidos de Roma: una oligarquía extensa, un despotismo de muchos y la intensidad de la esclavitud.

Sobre las ruinas de Roma se hicieron las primeras reconquistas: los primitivos libertadores proceden de la enorme Edad Media, y los cruzados libertadores son de los de más limpia y honrada fama. Las grandes epopeyas de la libertad las hizo y las escribió la Caballería cristiana: la formación de las naciones germánicas, los épicos orígenes de los francos, la reconquista española, la lucha de siglos contra la barbarie del Asia que se arrojó sobre vastos dominios de la antigua Roma.

El renacimiento constituyó las naciones modernas y el equilibrio, o más bien desequilibrio europeo, para las guerras de tres, de diez, de treinta años. A tiempo se descubren continentes al Este y al Oeste; y comienza la labor de presa, la conquista, el pillaje en los mares y la tiranía inmensa, prolongada hasta los últimos confines de la tierra.

La palabra libertad suena a fines del siglo XVIII con la magia de un descubrimiento; y de ese movimiento libertador surge la República patriarcal la primogénita de las Repúblicas: los Estados Unidos de América.

El imperialismo aparece luego para contraste y desquite. Napoleón, el mayor de los conquistadores, sueña en

un imperio más grande que el de Alejandro, y asombra al mundo con sus hazañas.

Para corregir los errores de la historia, para volverle al cauce de la libertad, se dá el grito de la emancipación americana. Y Bolívar toma las ínfulas de Libertador. Desde entonces, él solo es llamado así, por sufragio universal. Supero al mismo Washington, pues en la América inglesa, la democracia estuvo formada, y no necesitó, para consolidarse, sino una declaración. En la América española, hubo que formar la opinión, hacer el pueblo tanto como el Gobierno, y libertar muchas comarcas a la fuerza.

Bolívar sacrificó sus bienes, su vida afectiva, su porvenir doméstico, su vida entera en holocausto a su noble empresa. Y por ello, nadie le ignora en los antiguos y los modernos tiempos; y es el único Libertador de pueblos. El mismo osó compararse con Jesucristo, el libertador de la humanidad. "Dudo —son palabras de Bolívar— que haya derecho para exigirme que expire en el suplicio de la cruz... Si fuera más que la cruz, la sufriría con paciencia, como la última de mis agonías".

El mismo, con la clara visión de su talento, comprendió que había arribado a la más alta cumbre. "Mi gloria, dijo, ha llegado a tanto, que no puedo ya ser desgraciado.— Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César, tales ejemplares me parecen indignos de mi gloria: el título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano".

Si Washington resulta inferior a Bolívar, por la majestad del sacrificio y la inmensidad del valor, los otros caudillos de la América Latina, algunos más afortunados que el gran Proserpino de Colombia, aparecen en grado secundario; pues no les favoreció la llama del numen ni los engrandeció la postrer consagración del martirio. Los libertadores de Méjico y Centro América, colocados en un plano de igualdad, ni siquiera se disputan la preeminencia. San Martín, consumado militar, calculador y severo, no manejaba el rayo: su obra, en que

tuvo la colaboración de insignes soldados y patricios, excede a sus empeños; y su retirada careció de la sublimidad dramática del fracaso de Bolívar, que fue inmensamente superior a su pueblo y a su tiempo.

O'Higgins, Itúrbide, Artigas carecían de la visión trascendental y de las magníficas concepciones que constituyen la insuperable grandeza del genio boliviano.

Ha triunfado éste en el palenque de la fama.

DON QUIJOTE Y DON JUAN

Fue el tipo de combinación genuinamente español: el caballero libertador, vende su hacienda, manumisor de esclavos, vengador de afrentas y amparador de desheredados. Amante alucinado de la libertad, dama de sus pensamientos, sale a guerrear, jurando en el rito de la caballería castellana, por los campos de América, más ingratos que los campos de Montiel.

El mismo se reconoció Quijote, por la quimera de su empresa, por la soledad en que muchas veces ejercía su ministerio de guerra y misericordia y por la magnitud de su ideal que tocaba en los lindes de la locura.

Caballero de la hidalguía del espíritu como Alonso Quijano el Bueno, fundó la santa hermandad de la justicia y predicó la paz de la familia americana, con trascendencia universal, para redimir a la humanidad podrida en la bastardía del instinto y roída por los odios del interés.

Aquella empresa que la exornó con bellos discursos, la anunció al mundo, cuando éste no podía ver en ella sino el sueño de un sueño. Mas ese anhelo de pura idealidad quedó desde entonces como estrella para las travesías y peregrinaciones de la humanidad que brega porque se resuelva el enigma de la concordia. Los pueblos causados de devorarse se reconciliarán, al fin sobre las llanuras sembradas de huesos y empapadas en sangre, para fundar la fraternidad de la paz, bajo el sol de Dios. Triunfará el Caballero de América.

Este mismo hijodalgo, sabio y prudente, que enseñó las máximas de bien gobernar, que dictó cánones de arte y cortesanía y enseñó el catecismo de la razón y del buen sentido, no fue en verdad como el limpio y virtuoso caballero de la Mancha. Contradictorio y arrogante, como hijo legítimo de su raza, vástago de virtud solariega, fue también tocado por una pluma de la ala del ángel de los siete pecados, precisamente la única que ha merecido la piedad del arte. Fue también Don Juan español, modelo de gentileza, burlador y maestro en disciplinas de seducción. Conforme eran sus campañas de guerra, se hacían las jornadas del amor, desde la nativa Caracas hasta Santa Fé, y desde Santa Fé a Lima y al Potosí. Al cabo como Don Juan el español, deshojadas todas las rosas de la vida, hincó en el pecho las espinas de penitencia, purgando con amargura y quieta renunciación, las concesiones que su superioridad hizo a las flaquezas de la culpa.

Ser antinómico, múltiple, oceánico, por la iluminación de los anhelos y la expansión de su actividad, embriagóse de gloria devorando hasta las heces de la gloria, desató las cataratas de saugre de la guerra, maceró su carne en la liviandad, padeció martirio por la Patria, enfermó de muerte en celo de justicia, padeció hambres y sedes de cuerpo y de espíritu, entregó sus bienes a los menesterosos, quedó a mendigar el pan de sus amigos, renunció hasta la tierra de su tumba. Esclavo de sus esclavos, el rico heredero de San Mateo y Aroa, que vió pasar a sus pies la corriente del oro y despreció las ofrendas de millones que arrojaban para él los pueblos libertados, no tuvo al morir sino un lienzo para cubrir su cadáver y el llanto sincero del fiel servidor, que le signió en las largas andanzas de su corta y trabajosa vida. Ejemplar de singular hermosura, más que humano, nacido para un fin providencial, lanzado a él sin desvío ni retroceso; carácter para la jornada inflexible en la trayectoria de un proyectil, obediente a la jerarquía de los deberes y al plan y programa único de su existencia, la cristalizó, por

la química de la intensidad genial, en breves años, trocando la juventud en vejez y la llama del alma en la ceniza del martirio por la Patria.

Más que los modelos de Plutarco, resplandeció por el desarrollo armónico de las facultades y la dirección sistemática de su actividad hacia la perfección que hubo de completarse con la depuración del dolor, en la escuela de la agonía y en el majestuoso trance de la muerte. La suya tuvo la solemnidad de la grandeza y magnitud de la puesta de un sol, el único del cielo americano.

Su muerte tratada por Sófoeles podía arrancar al arte los adioses de Edipo en Colono: "La playa de Santa Marta y la casa de campo de San Pedro bien podían hospedar al numen helénico que espaciese, sobre la tumba del Libertador de América, el agua lustral de los versos impercederos.

LA GLORIFICACION

Cuando el Libertador se entregaba al reposo de la muerte, por todas partes erugía la máquina política y se hundía Colombia en las convulsiones de la catástrofe.

Muchos fieles compañeros de armas pidieron al caudillo moribundo que salvase a la Patria: era tanto el prestigio de su gloria, que creyeron que podía guerrear hasta su cadáver.

Mas aquel enfermo del alma había perdido la fe en su misión, comenzaba a ver el cumplimiento de sus predicciones.

Muerto el Caudillo, se apagó el sol en el horizonte y comenzó la era de tinieblas.

Cuando las profecías del vidente iban realizándose, en medio del terror de los pueblos, resucitó su gloria con más esplendor. Como él lo había anunciado, "hasta las ruinas de su obra hicieron su glorificación". Su espíritu excelso flotaba sobre los escumbros, con la venganza del genio, superior a su tiempo y a su campo de acción.

Desde entonces la victoria de su nombradía paseó por toda la tierra, sus haces imperiales. Para ello fue parte principalmente la magnitud de su infortunio,

la casi santidad de su heroísmo y la nítida pureza de su intención.

Sus enemigos se hundieron en el círculo de sombra de su infierno, la envidia, ese insecto que le había mordido toda la vida, se agregó al séquito de sus glorificadores, y la vulgaridad de las escenas que siguieron a su muerte duplicó el brillo de su nombradía.

El universo, por voto espontáneo, sin presión de poderosos ni conductores de la opinión, sin maniobras de propaganda, ni alegatos históricos, ha declarado ya que Bolívar es el genio de América: algo más, el genio del porvenir y de la democracia. Hasta su nombre, breve, adecuado a todas las lenguas, palabra de fino acero y delicado filo, importa para su celebridad. Bolívar! ¿Quién no le conoce? ¿Quién no ha invocado al semidiós de la libertad?

Su estatua se levanta en las ciudades de América desde Caracas hasta el Alto Perú; tiene puesto en New York, la ciudad nación; sonrío a las gracias de París, capital de la cultura, conquistada, hospedaje de honor en la alegre Madrid, la madre patricia del viejo imperio español, reconciliada con la democracia americana; dará sombra de grandeza al canal de Panamá, cuna del Consejo Antifictiónico que debió dictar el decálogo de la paz; buscará un rincón de gratitud en Tacubaya de Méjico, a donde envió mensajeros para acordar la confederación de América; presto tendrá culto en la orgullosa Londres cabeza del Reino Unido, de donde le vinieron los caudales y los mejores amigos; y acabará por levantar su cabeza de prócer y su espada de cien campañas en las plazas de las populosas metrópolis del Sur, donde su celo de fama entenebrece aún el criterio de la historia. Su estatua como el ídolo imperial de otros tiempos, ora sobre el caballo de batalla, ora sobre el sillón del magistrado, en la alegría del jardín, o encima de la chimenea doméstica, presidirá los ritos de la gloria.

Para los americanos, es nuestro héroe, protector de los destinos de la Patria, genio de nuestra tierra, el grande, el único.

Pasarán mil caravaunas adelante, para conquistas, para renovaciones, para renacimientos, para hegemonías, en marchas y peregrinaciones, y Bolívar será el mismo en su celebridad, su ideal no habrá envejecido, y sus vaticinios seguirán manteniendo el estupor de la humanidad.

Pasada una centuria, planteados están y sin resolver los problemas de la independencia. Y hoy mismo, podemos repetir la tremenda declaración del patrio libertador de Cuba, de Martí: "Lo que Bolívar no hizo, nadie lo hace todavía". Queda también en pie esta profunda observación de don Andrés Bello: "La obra de los guerreros está consumada; la de los legisladores no lo estará, mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, de los duros y tenaces materiales ibéricos".

Podemos decir de nosotros lo que Tolstoy de Rusia: "Estamos en los preliminares de la libertad. Esta avanza y se consolida después de formar un puente de cadáveres, como el de las langostas, que para pasar un río, forman una senda de muertos, primeramente; para que sobre ellos pasen los que al fin han de llegar a la otra ribera...."

La libertad civil, la única necesaria, la fundamental que vale tanto como nosotros mismos, según declaración del Padre de la Patria, en muchos países de la América en fermentación, se ha sustituido con unas pocas mentiras constitucionales.

El poder originario y básico — el poder electoral — es un rey de carnaval, y la función electiva sagrada e intangible para Bolívar, que no la mancilló jamás; no existe sino en pueblos y tiempos de excepción. La urna, generador de la soberanía, es una inmundada ratonera que incuba sabandijas, por artes de presidio en un cerco de bayonetas. ...

La terrible dictadura que Bolívar se vió precisado aceptar en la tormenta, resulta corriente y valedera en la forma constitucional de las facultades discrecionales, que importan la cesación de las garantías. Las dictaduras que han sucedido a las mansas y populares de

MI FUENTE

Cofre perfumado, mi estrofa, mis versos
guardan en mi huerto la íntima esencia;
son la fuente viva de cristales tersos,
que brotó al conjuro de mi adolescencia.

Sobre la tristeza dulce de mi vía
arrojó una estrella su luz lila malva;
vertió suavemente perlas la alegría
y surgió mi fuente anunciando un alba ...

Desde entonces en la hora blanca o de amargura,
cuando se recoge el alma en sus frondas,
¡qué inefable encanto sentir la frescura
de aquella Castalia de rosadas ondas!

María Esther Valdivieso

Quito, 1927

Bolívar, escritas están en los anales de sangre y son las horas negras de nuestras historias, tan largas y tan tristes como los diarios de una clínica.

El gran Caudillo contempla desde el pedestal, en melancólica meditación, a Colombia y a la América de su amor.

Mutilada, dispersa, perdiendo territorio al Oriente y al Norte, sujeta a la tutela de un gran poder extranjero, ni han desaparecido las dictaduras, ni se ha afirmado la garantía de las libertades. Dijo el genio: "Yo me vengaré siguiendo la táctica de los Partos: huiré de mis enemigos, para que perezcan al perseguirme. Entonces conocerán si yo era útil a mi país; y si preferí la libertad a todo".

El grande hombre se ha vengado; sus enemigos no existen, y la libertad de América es todavía un problema sin solución.

Nos acusa, a tiempo que reivindica plenamente su fama. Pero nos grita aún, desde el bronce de sus estatuas: Unión, unión! para ser y para crecer, para la conservación y para el progreso.

El centenario de la última batalla de la Independencia ha de ser punto de partida, en las jornadas seculares de nuestra América, para consolidar la institución republicana y para afirmación solemne y definitiva de su soberanía internacional, mediante la concordia de las repúblicas que creó Bolívar y de las demás que amparó con el irresistible prestigio de su gloria.

Campo de Ayacucho, campo de muertos, cementerio de intrépidos guerreros; el polvo de sus restos, anímese al soplo del gran Profeta, para resurrección de las democracias bolivianas y de la confederación de la América Latina!

Remigio Crespo Toral

Cuzco, Ecuador

¡DETENTE!

VENÍA ya de lejos y aún tenía delante
un camino infinito el mudo caminante.

Su origen se perdía en el caos profundo
y su fin ignoraba la conciencia del mundo.

Con las cuatro estaciones marcó su itinerario
y los siglos formaron su eterno calendario.

Su paso por el cosmos iba dejando rastros
imborrables: la tierra se abría en anchas grietas,
cambiaban de lugar en el cielo los astros
y el mar era un continuo temblor de aguas inquietas.

En las frentes su mano trazaba hondas señales
cual si dejara impresas sus huellas digitales.

En su marcha no oía la canción de la fuente
ni el rugido del viento;
ni llegaba a su mente
la voz del pensamiento.

Sin atender al grito
del sufrimiento humano,
impasible y callado se hundía en el arcano
mirando solamente su camino infinito.

Los hombres en su empeño de eternizar sus vidas
y escapar de la muerte, le gritaban: ¡detente!
y ante el asombro extático de sus almas sufridas,
el viajero su viaje seguía indiferente.

No podía hacer alto. Como un alucinado
andaba noche y día con gesto ensimismado.

Venía ya de lejos y aún tenía delante
un camino infinito el mudo caminante.

Guillermo Bustamante

Quito, Julio de 1927

EL CARACTER EN LA MUJER

NOS parece que el estudio del carácter es de profundo y siempre nuevo interés, porque él ha sido y continuará siendo el más necesario y majestuoso poder: sabiduría, arte, virtud, fortuna se obtienen mediante esta fuerza. Los más grandes bienes están custodiados y defendidos por el carácter: honor, dignidad, instituciones sociales.

Quizá podamos establecer sólo dos grupos originarios: caracteres débiles y fuertes, seres con voluntad o sin ella. ¡Serás sin voluntad! cuando la vida es lucha y acción, cuando de un modo u otro debemos decidirnos; los débiles obedecen fatalmente a los temperamentos fuertes, se impone la voluntad del otro, de cualquiera, ceden a las circunstancias y la naturaleza: en tanto que el carácter se afirma, resiste, se obstina y triunfa.

Es un hecho comprobado que los niños no tienen voluntad propia, necesitan ser dirigidos, ceden a las primeras dificultades; lo mismo sucede con los débiles, y lo que es peor, conocen que el influjo a que obedecen es injusto y perjudicial. El carácter vive sereno ante los hombres, la naturaleza y la muerte. «Si la naturaleza se opone, lucharemos con ella y la subyugaremos». «La guardia muere, pero no se rinde».

Es inmensamente desgraciada la suerte de los débiles, porque son víctimas predilectas del egoísmo de los otros, de sus propias pasiones y de los grandes males de la vida. Los pueblos donde no prevalece el carácter de los ciudadanos son vencidos por malas instituciones, costumbres demoleedoras, degeneración social; la opinión pública enmudece y la barbarie pasa sobre la cabeza humillada de los pueblos.

El carácter, la fuerza de afirmar la personalidad propia, el arte del heroísmo, se adquiere y educa desde la infancia; la fuerza moral se gana, acumula y centuplica como el capital y la ciencia. Quien posee esta fuerza es gran espíritu, vencedor de sus pasiones y de las ajenas. El bárbaro valiente no dejará de ser bárbaro, el tigre que tiene el instinto de la destrucción no es un carácter, porque éste es ante todo, una fuerza consciente, justa, benéfica.

Predomina en algunos sistemas pedagógicos un vicio capital, capitalísimo, el descuido

del carácter. No se educa ni desarrolla el carácter y se muestra como excepción gloriosa lo que debería ser patrimonio general. El carácter se pierde o anula por haber quebrantado en demasía la voluntad de los niños, por haberla sustituido por la voluntad de los padres y por haberla dejado indisciplinada, indómita, sujeta a los desvaríos de la imaginación o al capricho de las pasiones. La voluntad humana y en especial la del niño no debe doblegarse a otro imperio que al de la razón y la justicia manifestadas a su conciencia infantil; pero hacer de los niños el juguete de voluntades o de caprichos ajenos, es a nuestra manera de ver, un atentado y el origen de la falta de carácter.

A los hombres no les cumple ser solamente razonables y justicieros, sino también responder al llamamiento de sus altas facultades. Todos y cada uno de nosotros siente la vocación al heroísmo, a la grandeza, a la gloria; sólo este fin satisface nuestro ideal y conquista la alegría, porque la tristeza y el fracaso no corresponden absolutamente al ideal ni al don inapreciable de la vida que poseemos. El progreso de la humanidad, el bienestar del mundo exigen para realizarse, el carácter.

A la mujer, sobre quien ha pesado desde tiempo inmemorial tanta injusticia, se le dió como distintivo la debilidad del carácter. «El sexo débil, la mujer», han sido siempre sinónimos de falta de voluntad. Hombres afeeminados, se dice como para atreñtar a los hombres.

Establecidos estos antecedentes, se desprende que la mujer es tan miserable como el hombre sin carácter, porque también ella tiene la obligación de ser honrada. La mujer, como los hombres, necesita valor para elevar su personalidad y conquistar su derecho. Son pocas, muy raras las que se imponen frente a las dificultades; cada una no es lo que puede ser, lo que debería ser, sino la resultante de la labor de sus padres o de las circunstancias. Cuántas son las que han formado su porvenir ellas mismas, su importancia, su mérito? Acaso nos es desconocido el prodigio de perfección que los Libros Santos atribuyen a la mujer fuerte? Para estos libros inspirados, la mujer fuerte reúne el cúmulo de las perfecciones.

Parece a primera vista que la afluencia

EMBELESO

Tu solamente sabes el sabor delicado
que se siente en el alma con íntimo fervor,
cuando amorosamente en un minuto alado
nos embriaga el perfume del jardín interior.

El porvenir, la vida, todo cuanto he soñado
lo he vertido en el cáliz de tu boca, la flor
de tus blancos amores sólo yo la he besado
bañado por la lumbre roja de tu rubor;

y mis labios sedientos, cual golosos vampiros,
han sorbido en tu boca una esencia de Oriente
al susurro galante de tus hondos suspiros,

y en tanto que tus ojos se han puesto en oración
en mi boca he sentido latir tu sangre ardiente
como si yo te hubiera besado el corazón.

Luis E. Gómez González

fuera una protesta contra la energía y una negación de la fuerza. Nada más diferente. La afabilidad debería ser y es, casi siempre, compañera de los espíritus fuertes, porque significa la serenidad del que sabe dominarse y mostrarse igual por sobre las mudanzas de los seres y las cosas. La afabilidad es flor de cultura y suprema gracia del carácter.

Existen, y con mayor frecuencia de lo que se supone, caracteres abnegados. Qué mano protectora reprime el demasiado ardor de esas almas para sacrificarse, sin reservar nada para sí y en cualquier estado de la

vida? Yo contemplo como una dolorosa acechanza, la de la abnegación excesiva. «La caridad bien entendida desde casa», desde sí propio, para conservar su honor, su independencia, la comodidad necesaria, el decoro en todas las cosas. Me inclino a creer que en la abnegación absoluta, sin una máxima causa que la justifique, existe mucha debilidad, triunfa el egoísmo de los otros.

Victoria Vásquez Cuyi

Quito, Ecuador

ALMA ANDINA

En el Páramo

ADORO la tristeza del páramo sombrío
que copia de mis penas la oscura inmensidad,
porque creo que el alma de lo que tiene frío
es el alma que tiene también mi soledad.

Me conmueve el mugido de los toros salvajes
que resuena en las quebradas con solemne clamor;
la tristeza infinita de los grandes paisajes
cuando se oculta el astro tras el último alcor.

Y cuando la neblina, con vaporosos tules,
envuelve las colinas y los cielos azules
en el hondo misterio de la tarde otoñal,

siento ansias de ser todo lo que es el infinito,
de lanzar a los cielos de mi ansiedad el grito
y morir con la tarde soñando en mi ideal.

El Vaquero

SOBRE el potro criollo que ha domado a su antojo
salva quebradas y riscos con salvaje valor;
el furor de los bravos no intimida a su arrojo
que, en lid con su fiereza, fué siempre vencedor.

Traspone los confines de las grises llanuras
desafiando la niebla, y el sol, y el vendaval,
y rinde con su lazo las soberbias bravuras
del toro que atraviesa mugiendo el pajonal.

Al reinar el misterio de la noche callada
vigila con los perros a la cerril manada,
desde la pobre choza que es su nido de amor.

Y en la calma solemne de las cumbres bravías,
quizá evoca del Inca los venturosos días
y llora en los gemidos del viejo rondador.

Misa de Aldea

DULCEMENTE la esquila de la aldea
llama al templo a las gentes campesinas;
y al redor de la torre que blanquea
cantan de amor las negras golondrinas.

El viejo señor Cura, sonriente,
suspende la lectura del breviario;
le habla de graves cosas al Teniente
y suspira mirando el campanario.

Es hora de la misa. Las doncellas
del aucho templo agólpanse a la entrada:
se oyen adentro místicas querellas,

y cruzando los vidrios de colores,
sobre la muchedumbre arrodillada,
la lumbre matinal se trueca en flores....

Después de la Feria

QUEDÁBASE en la esquina. Tambaleante
de la taberna al fin salió mareado;
ya no pudo lucir ni la flamante
camisa que ese día había comprado.

Estaba viendo, absorto y temeroso,
de los autos la rápida carrera,
sin comprender la fuerza que al coloso
le impulsa por la vasta carretera.

Allá, lejos, la triste concertina
sonó su melancólica tonada,
en que solloza el alma campesina.

Pensó, tal vez, el indio en su destino
en el bien de su choza abandonada
y se perdió en las brumas del camino....

Ricardo Darquea G.

Quito, Ecuador.

Capítulo de un Libro Laureado

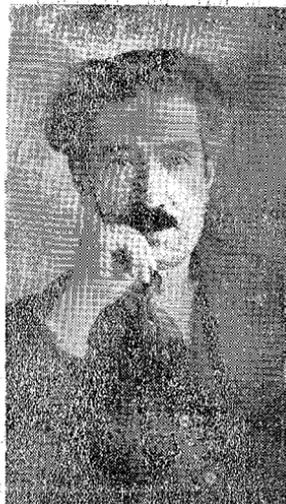


AS si el cuadro rápido que vamos trazando de la acción franciscana en la conquista y colonización de América, ha de ser siquiera el pálido reflejo de lo que fue en la realidad, hagamos ligera mente aparecer la corona de ciencia que nimbó la frente del misionero franciscano de México y que el olvido no ha alcanzado a marehitar. Vimos ya lo que hizo en el campo de la filosofía y la lingüística; veamos ahora lo que realizó en el de la historia.

Es indudable, y como tal por todos confesado, que los conquistadores no se preocuparon de estudiar las características de los pueblos americanos vencidos por ellos y, aun más, ni siquiera recogieron la propia historia de la conquista y colonización del Nuevo Mundo. Consideraron todo lo que pertenecía a la raza vencida como indigno de sus preocupaciones y, en el desprecio que por ella sentía, sólo se cuidaron de arrasarla de su propio territorio, para edificar sobre sus escombros el edificio de la prosperidad en que soñaban. La tarea de estudiar las lenguas, la geografía, y la historia antigua y nueva de América, quedó casi exclusivamente para el cuidado de los misioneros. De esta manera se explica cómo los filólogos, etnógrafos e historiadores modernos buscan en las gramáticas, vocabularios, crónicas, narraciones, biografías e historias de los misioneros, la fuente casi principal y a veces única para sus estudios.

Pero si en otras partes de América, esas fuentes científicas se hallan repar-

Dr. José Gabriel Navarro



Con motivo, del año jubilar dedicado a la celebración del VI Centenario de la muerte de San Francisco de Asís, se realizaron torneos culturales en todo el mundo civilizado. Uno de ellos, quizá el más revelador, fue promovido en La Habana, con el apoyo de sociedades literarias e históricas y con la franca adhesión de autoridades eclesiásticas y civiles. Tuvo el concurso internacional de la Habana, vastas proyecciones, y de los cuarenta concursantes, de todos los países de América, le correspondieron tres premios al Ecuador, en las distinguidas personas de los señores doctores Manuel M. Palacios Bravo, José Gabriel Navarro y Julio Tobar Donoso, laureados en los temas XIII, VII y III del concurso, respectivamente.

Del trabajo del doctor José Gabriel Navarro, apreciado colaborador de América, que se intitula: *Los Franciscanos en el Descubrimiento y Colonización de América Fuera de las Antillas*, publicamos un fragmento que será del agrado de nuestros lectores. Se advierten en las páginas de este nuevo libro del doctor Navarro las mismas cualidades de investigación prolija y acertada que pudimos observar en su interesante aporte a la Historia del Arte Ecuatoriano y en otras producciones suyas; que han aparecido para bien de la historia y las letras patrias.

tidas entre varias Ordenes Religiosas y aun no pocos sacerdotes seculares, como pasa con la historia antigua de Nueva Granada, a la cual aportan preciosísimos datos sobre los Chibchas, Piedrahita, Duchesne y Tramona, junto al franciscano Pedro Simón; en México púedese asegurar que se hallan casi monopolizadas por la gran biografía franciscana. Ahí están para gloria de la Religión Seráfica y bien de la conciencia humana, la Historia Eclesiástica de Fray Gerónimo de Mendieta, considerada por Brasseur como obra de capital importancia para la historia civil y religiosa de México, y cuyos capítulos acerca de las costumbres y ceremonias de la antigua Mexicana, serán siempre fecundo campo de preciosas investigaciones, como lo son también los que a la religión, costumbres, genio y carácter de los naturales de México dedicó el célebre Fray Toribio Motolinia, en su famosísima Historia de los indios de Nueva España; obras ambas que con razón Don Joaquín Icazabalzeta las editó en la Colección de Documentos para la Historia de México. Allí están las memorias y diarios de viaje que escribieron muchos de aquellos infatigables misioneros; quienes, como Fray Juan Crespi, Fray Tomás de la Peña, Fray Juan Díaz, Fray Francisco Garcés y Fray Pedro Font, recibieron delicados encargos oficiales para explorar territorios desconocidos, en los cuales debía entrar la civilización que llevaban con sus cruces y estandartes los conquistadores castellanos.

Por mandato del Virrey Bucarelli, Fray Juan Díaz

abrió el camino de los establecimientos de Monterrey por los ríos Gila y Colorado, y hacia Sonora, desde la misión de San Gabriel hasta el Presidio de Tubac, en 1772, en compañía del Capitán Don Juan Bautista Ansa, y Fray Pedro Font marchó desde Querétaro a Monterrey y Puerto de San Francisco con el Coronel Don Juan Bautista Dechura, en 1744, conduciendo a las familias y soldados con los cuales debía establecerse en aquel Puerto; y Fray Juan Crespi y Fray Tomás de la Peña recorrieron en 1774, 1779 y 1780 las costas de California hasta las Puertas de San Diego y San Carlos de Monterrey. Todos ellos escribieron interesantísimas memorias sobre los territorios que recorrieron y Fray Pedro Font levantó una carta geográfica de todo el viaje. A estas memorias hay que sumar las que escribió Fray Francisco Garcés sobre sus importantes viajes a la provincia de Moqui y al río Colorado, a donde fue enviado por el mismo Virrey Don Antonio Bucareli, por orden de la Junta de Guerra, reunida en México el 28 de Noviembre de 1775, en unión del Teniente Coronel Don Juan Bautista Ansa y el Padre Font, pero con recomendación expresa de detenerse en el río Colorado a examinar los lugares y pueblos de esa región, explorando el ánimo de sus naturales y su buena disposición para civilizarse y someterse al Rey de España.

¿Quiénes han aportado mayores datos para la historia antigua de Yucatán y su importantísima cultura sino los misioneros franciscanos? Sin la Historia de Yucatán de Fray Diego López de Cogolludo y la del Padre Landa, no se conocería absolutamente aquel país, hasta ahora, tan estudiado y todavía poco conocido. Landa y Cogolludo son los historiadores de los mayas, como Sahagún y Torquemada lo son de los Aztecas. La Relación de las cosas de Yucatán de Landa, está considerada por los sabios como indispensable clave, para descifrar y conocer la cultura Maya, que en Palenque, Yucatán, Copán etc., nos dejó impercederos monumentos de arte. Landa fue el primero en estudiar los caracteres simbólicos de la escritura maya y en su libro consiguió la nomenclatura completa del calendario maya y al alfabeto maya, haciendo con ello el más grande servicio a la ciencia histórica. "El libro de Landa, dice Brasseur, es la llave de las inscripciones americanas; sin él hubieran permanecido para siempre un enigma, como los jeroglíficos egipcios antes del descubrimiento de la piedra de Rosette y los magníficos trabajos de Champollion". Además de esto, las noticias que sobre los usos y costumbres de los mexicanos y yucatecos, y las antiguas fiestas del ritual maya, son impor-

tantísimas. La Historia General de las cosas de Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún, es obra incontestada como lleno un escritor docto y de un historiador lleno de crítica y veracidad, cuyo trabajo, dice su editor don Carlos María de Bustamante, no tiene parangón con todos cuantos se han publicado hasta ahora sobre la historia de México. En cuanto a la obra de Torquemada, ya la juzga Humboldt, entre otros sabios, como, "el mejor conjunto de hechos preciosos que prueba un conocimiento exacto de los lugares". La Monarquía Indiana es, sin duda alguna, la obra más completa sobre el antiguo México. No en vano vivió su autor 50 años en ese país, entre sus primeros colonizadores y utilizó magníficamente los escritos de Sahagún, Olmos y Motolinia.

Y qué decir de las obras del Padre Bentancourt, el más instruido y docto en la lengua nahuatl, quien en su Teatro Mexicano, Menologio franciscano y Teatro de la ciudad de México y las grandezas que la ilustran después que la fundaron los españoles, ha dejado bases fundamentales para la historia de México? Y al recordar la Crónica de Fray Juan Domingo Arceivita, tan consultada por los estudiosos, sobre todo por la descripción de las Casas Grandes del río Gila y las curiosas consideraciones que consigna sobre los Nahuas, el Tratado curioso de las grandezas de Nueva España de Fray Antonio de Ciudad Real; la importantísima Relación de Fray Alonso Ponce, publicada por su gran interés, en la colección de documentos inéditos para la Historia de España; las Memorias de Fray Agustín de Morfi, juzgadas como una de las más interesantes obras que se han escrito sobre la América, y la Crónica de Fray Baltazar, no olvidemos tampoco las curiosas Tardes Americanas del Padre Granados, llenas de sucesos, cosas notables e ignoradas de la historia mexicana, desde la entrada de los toltecas al valle del Anahuac hasta 1778, ni la Historia de la Conquista de los estados independientes del Imperio Mexicano, de Fray Francisco Frejes, llena de noticias preciosas interesantes y casi desconocidas sobre las conquistas españolas de Mebocacán, Nueva Galicia, Jalisco, Culluacán y Sonora; ni la verdaderamente colosal obra que Fray Manuel de la Vega escribió en 30 volúmenes in folio, obra todavía inédita y de la cual sólo conocemos el índice completo, que lo publicó Civezza, y que contiene—según en él se ve—la historia íntegra de los indios mexicanos y su conquista y reducción por los españoles, hasta 1793; ni la obra del célebre Torrubia,

Para Beatriz Arias R.

Con todo mi afecto

Como arrullo, como onda, suavemente,
buscando mi alma, con afán viniste,
sin ver que ha roto su cristal la fuente,
que todo al beso del otoño es triste.

Más... al conjuro de tu voz heriste
la paz de sombra que la tarde siente
y, amor, ensueño, gracia, floreciste
en colores y en líneas, en mi mente.

Me embrujaron tus ojos, Primavera,
con la áurea pompa del rosal que enflora
y el casto beso del Amor que espera,

y te erguiste en mis sueños... tú, la Vida,
la blanca estela de la blanca aurora
que a verte hermosa y a cantar convida.

Naria Natalia de Flor

Quito, 22 de Julio de 1927

quien, no sólo escribió su Crónica Seráfica, sino otras varias, como su admirable libro acerca de los Moscovitas en la California, con la que probó, mucho antes que Humboldt, las migraciones asiáticas a la América del Norte.

Y al concluir esta ligera enumeración, conste que dejamos mil crónicas, memorias, cartas y relaciones que, como el Diario que escribió Fray Francisco Menéndez sobre la segunda expedición para descubrir la Laguna de Nahuelhuapi, en 1791, son obras de aguilatado valor para los americanistas.

Y si de aquí bajamos a enumerar todo lo que escribieron para la evangelización y catequización de los indios, los misioneros franciscanos de México, llenaríamos páginas enteras con los confesionarios, pláticas, sermonarios, catecismos y manuales piadosos que compusieron en todos los idiomas mexicanos. En ellas consignaríamos las obras religiosas del Padre Dacia, tan erudito en la lengua Tarasca como en

la latina, griega y hebrea. La Historia Sagrada, en lengua Maya del Padre Ruz, los Devocionarios en otomi del Padre López, el Manual para administrar sacramentos a los indios Bajaletes, Orejones, Paucos, Tilijayas, Alasapas, Pausenes, Pascuaches, Mescales, Pamponas, Tacames, Cheyopines, Venados, Pamaques, Pihuiques, Borcados, Samipaos, etc. del Padre García, el gran misionero de Querétaro; los Evangelios en lengua tarasca del Padre Gilberto; las obras de Lizana y Beltrán, de Contreras y López, de Bautista y Ciudad Real y de cien otros fervorosos misioneros que gastaron su vida, no en la búsqueda del oro y la fortuna ni de las delicias del Dorado sueño de los conquistadores, sino en la conquista pacífica de unos hombres por medio de la civilización para Dios y para España.

José Gabriel Navarro

Quito, Ecuador

HONOR A BERTHELOT

Conferencia leída en el Anfiteatro "Pasteur" del Instituto Nacional "Mejía",
en celebración del centenario del nacimiento de Marcelino Berthelot

Señores:

BL hombre es como un punto que se mueve en una línea; hacia atrás va dejando un reguero de recuerdos, mezcla desigual de blanco y negro, y hacia adelante mira el porvenir, que siempre es risueño, porque la esperanza tiene fatalmente el color y el perfume de la rosa y va acompañada de la dulce claridad del sol que nace, símbolo eterno de vida y fortaleza.

Y es así, que haciendo memoria de los momentos idos, de los momentos suaves y agradables, se consigue iluminar las horas del presente, así fueran ingratas o crueles, con aquel resplandor tenue, esa fosforescencia mágica, que deleita y embriaga, de las bellas saudades.

No pretendo probaros la paciencia con el recuento, sin sal, de mis días felices: sería pagar en moneda de mal tipo, el brillante obsequio de cortesía que habéis hecho viniendo a escuchar mis palabras, que, para que sean dignas del ilustre personaje, que hoy conmemoramos, y de vuestros cultos oídos, antes de que salgan de mi boca, desearía hacerlas pasar por un tamiz de pura seda y de mallas finísimas, microscópicas, para que puedan traducir en un hablar correcto y elegante, todas las minucias de mi pensamiento; que en este instante, se reduce a admirar a los sabios y a buscar las mejores frases para agradecer y ponderar vuestra galantería.

Harán unos diez años, que los transeúntes de la "Rue des Ecoles" de la capital francesa, veían con curiosidad, en el jardincillo que antecede al famoso "College de France" y a pocos pasos de la estatua de bronce del gran Claudio Bernard, una mole metálica que se levantaba detrás de un andamiaje cubierto de cortinas: era el primer monumento que levantaba Francia a la memoria de Marcelin Berthelot, después de los diez años de su muerte.—El que habla, era entonces uno de los curiosos transeúntes, en viaje continuo al gran taller de la Sorbona.—La personalidad

del sabio, querida ya para mí, acabó por grabármese en la mente; ahí, de pie en la broncínea masa, se encuentra Berthelot, en actitud de marcha, con gabán y con bufanda, como se le vió ininidad de veces, penetrar al sapiente "College", en el que profesó toda su vida, sin faltar un solo día a su laboratorio. Pero la figura de Berthelot me es más grata todavía, por el hombre que se enseñó a admirarla: en las postrimerías de mi vida estudiantil, tuve la suerte de ser discípulo del profesor Sabatier, químico ilustre de los tiempos modernos, acreedor del premio Nobel por sus trabajos sobre la catálisis; y que al caudal de sus enormes conocimientos reúne la amabilidad de su carácter, que es a tal punto comunicativo, que se complace en trabajar con sus alumnos, muchas ocasiones, ayudando con sus propias manos y siempre con la anécdota entretenedora, graciosa y chispeante, en la punta de la lengua. Sabatier fue preparador de Berthelot: el es su maestro venerado y cuando conversa de él, lo hace con entusiasmo y hasta con una cierta devoción. El me hizo comprender la magnitud gigantesca que representa Berthelot en la historia de Francia y en la ciencia mundial; desde entonces, Berthelot quedó pintado en mi memoria con los más bellos colores, porque fue sabio entre los sabios, político eminente como senador vitalicio, preclaro ministro en la cartera de Instrucción, hábil diplomático en la de Relaciones Exteriores, gran pedagogo, escritor pulido y elegante, gran historiador de los borrosos tiempos de la alquimia: gran ciudadano, gran francés, gran amigo, como se complace en llamarse Renán; gran corazón, cofrecillo de los más delicados sentimientos y desbordante de miel y de armonías: "Luce intellectual piena d'amore", como diría valiéndome del Dante.

Berthelot, no sólo fue un químico genial, un innovador de la ciencia, fue un filósofo profundo, el gran librepensador del siglo XIX, uno de aquellos hombres que suelen producir las civilizaciones maduras en la cumbre de su desarrollo, un mortal hecho de barro aristotélico, de esos hombres que Wells los llama de pensamiento libre, cuya presencia en el mundo significa nuevos rumbos y pro-

greso. El inmortal químico alemán de la síntesis de los azúcares, Fischer, hablaba a Berthelot en los siguientes términos, para presentarle sus felicitaciones en nombre de la Academia de Ciencias de Berlín: "En el campo de las ciencias experimentales, los grandes progresos llevados a cabo, por la adquisición de hechos nuevos y por el incesante perfeccionamiento de los métodos de observación, han dado como resultado esta consecuencia enojosa aunque inevitable, la de estrechar cada vez más, el círculo de los estudios, en el cual un sabio, puede sentirse verdaderamente en su casa. Y es así, que en la química, se ha establecido una especialización profunda, que, tal vez, durará como resultado, el separar esta gran ciencia en una serie de ramas distintas. El único de los químicos, entre los vivos, que ha podido triunfar de este poder desagregador, resultante de la acumulación de materiales, sois vos".

"Gracias a vuestro genio y a vuestra sin par potencia de trabajo, habéis podido cultivar y enriquecer todos los campos de la ciencia. La química mineral y la síntesis orgánica, la química física y la química biológica han simultánea e igualmente recibido, las dádivas más ricas y numerosas del cuerno de abundancia de vuestras observaciones y de la profundidad de vuestro espíritu, y nosotros debemos a vuestra facultad de abrazar de una manera sintética las grandes partes de la ciencia, toda una serie de obras monumentales, como la termoquímica y la química orgánica, que figuran entre la literatura clásica de la química".

Todo esto es verdad y más allá de suficiente para immortalizar a un hombre, pero Berthelot es más grande todavía; Fischer lo mira bajo un solo aspecto, como químico, y el ilustre purísimo desarrolló sus titánicas facultades en los más variados campos: la figura de Berthelot no es una línea de una sola dimensión, es un poliedro de mil caras a cual más brillante y matizada; es una obra maestra de la humanidad, y él mismo es un maestro; es edificante en su vida pública y privada, en su inmensa obra y en su muerte. No es, pues, de extrañar que en este pequeño rincón de la tierra, en la Capital del Ecuador, nos hayamos acordado de él, para celebrar, como en todos los lugares cultos y más sapientes que el nuestro, el centenario de su venida al mundo: los pequeños, también sabemos reconocer los méritos, admirar al genio y rendir homenaje a los grandes hombres, y más aún, cuando éstos son los adalides del pensamiento y adalides del corazón: nuestra raza es pequeña en el obrar, pero grande en el sentir, por lo menos, en espera de otra cosa. Y en este mismo anfiteatro, que lleva el nombre de una de las glorias de la humanidad, Pasteur, en medio de la estricta confianza de profesor a alumnos, se ha rendido homenaje a otros

hombres ilustre, como Einstein y Thomson. Ahora hemos hecho algo más, tanto por la magnitud del hombre, como por que se trata de Francia, y si en mi discurso he mezclado una brizna de mi vida, no ha sido por encender a hurtadillas, en mi memoria, las lamparitas del recuerdo, que iluminan el alma y hacen que los labios se sonrían, sino para hacer resaltar, con de cerca me golpean en la mente, todo lo que se relaciona con la gran nación que me enseñó la ciencia que profeso.

Pero volvamos al maestro, y para darnos cuenta de su prodigiosa cultura y de la delicadeza de su alma, visítanosle en su cuarto de trabajo o en su despacho de secretario perpetuo de la Academia de Ciencias: Ahí no sólo le encontraremos rodeado de infinidad de libros y publicaciones científicas, porque Berthelot leía todo lo que se relacionaba con la ciencia: "Si se quiere progresar — decía — hay que mantenerse al corriente de los trabajos de la ciencia general. Hay, por lo menos, que leer los trabajos de los otros. ¡Y la física, la medicina, la geología, la botánica, la historia, etc. hacen cada día nuevos progresos!... "Nada más, que sobre medicina, recibo diariamente tres periódicos, y, he aquí, sobre mi mesa, todo un montón de gacetas políticas". No sólo, digo, lo encontramos con su ciencia y con las ciencias; en los muros de las piezas, podremos admirar preciosas reproducciones de las obras inmortales del arte: la Joconda, el Templo de Poestum, el Foro Romano, el Día y la Noche de la tumba de los Médicis, salidos de las manos de Miguel Angel, numerosas fotografías de los famosos artistas del renacimiento italiano, grandes retratos del divino Leonardo y de Fra Filippo Lippi, grabados de Durerro, etc., y en su rica biblioteca, todo un trato dedicado a la literatura, y al alcance de la mano, como nos cuenta alguien, un Dante en italiano, los Poemas Bárbaros de Leconte de Lisle, las Meditaciones y las Armonías de Lamartine. ¿Cuáles son sus lecturas preferidas?, le preguntó cierta ocasión un periodista. A lo que respondió: "Són, Lamartine, Victor Hugo, Dante, Lucrecio, Tácito y Virgilio; pero, ya casi no los leo. Prefiero leer los autores contemporáneos, para permanecer en contacto con el pensar y el sentir de los hombres de nuestra hora."

Su erudición fue exquisita; a los autores griegos y latinos los leía en la lengua original, y Renán, cuando fue su compañero de juventud y vecino de habitación, cuando empezaba esa amistad que ha pasado a la historia y que duró hasta la tumba, le enseñó el hebreo a trueque de las ciencias naturales que Berthelot le comunicara al gran filósofo bretón.

Berthelot fue un profundo erudito orientalista. Sus numerosas obras sobre historia de las ciencias son monumentos de cosecha propia;

el sabio profesor sabía decifrar a maravilla los viejos manuscritos, así los antiguos como los de la edad media, y es, en gran parte, merced a su trabajo intenso, que ahora sabemos mucho de aquella época interesante y misteriosa, de la alquimia. El día de su muerte se encontró sobre su mesa de trabajo, al lado de una memoria sobre los compuestos alcalinos en las plantas, un manuscrito de alquimia que lo había llegado de Africa y un saludo dedicado a los franceses residentes en la República Argentina, para que fuera leído el 14 de Julio: Berthelot no descansaba nunca, pues, hasta sus momentos de ocio fueron consagrados al cultivo de la ciencia, y así en Sévres, le vemos distraerse en los ratos perdidos, en observaciones minuciosas sobre el vivir de las hormigas y las costumbres de las avispas; sus trabajos sobre este particular, son modelos acabados de labor entomológica, y no sólo observaba como naturalista hábil, sino también como filósofo; la vida de aquellos seres diminutos le sugería reflexiones, a la par que hermosas, de un valor incalculable: Oigámonse lo que dice al hablar de las hormigas: "... Tal vez, las razas de hormigas han terminado su evolución, y hasta la hora actual, hayan recorrido el ciclo de combinaciones intelectuales compatibles con su organización y los medios que les solicitaron a actuar; en una palabra, la civilización de las hormigas, tal vez, ha llegado desde hacen muchos siglos a los límites compatibles con su naturaleza.... ¿Acaso, pasa de otra manera con las razas humanas?... ¿O bien, éstas, también están destinadas a obedecer a la misma ley fatal? ¿Su evolución llegará así mismo a un estado estacionario, cuyos límites estarán determinados por el de los conocimientos que el hombre puede adquirir y combinar en virtud de las facultades intelectuales resultantes de su organización? ¿Y una vez tocados estos límites, las razas humanas no presentarán el aspecto de una civilización, más o menos, uniformes, oscilando entre ciertos estados alternativos de turbación y de equilibrio, pero esforzándose siempre en regresar a una organización reputada ya como la más conveniente a la dignidad y dicha de la especie humana?"

Decídme, ¿estas palabras, no van más allá de lo que ven la mayoría de los mortales? Berthelot es el hombre que abismó al mundo con su saber inaudito. Y lo más sorprendente, que este gran sabio no fue hijo de las reputadas escuelas francesas; sus comienzos, como los de su compañero Renán, fueron harto difíciles, y su cerebro, que llegó a ser uno de los más pesados de Europa, lo amamantó él mismo. Fue hijo de un médico célebre, doctado de caridad, que murió pobre; de él no heredó fortuna ni llegó a ansiarla en los días de su vida, jamás tomó la ciencia como una cosa de lucro, sus descubrimientos los puso directamente, sin secreto alguno, al servicio

de la humanidad, y muchos son los industriales, y tal vez, menos en Francia, que se han creado fortunas fabulosas explotando los trabajos del virtuoso sabio. Cualquiera vulgaridad hubiera reventado de soberbia al llegar a palpar, después de una juventud de privaciones, los laureles más abundantes y exquisitos, pero Berthelot tuvo siempre la candoridad del niño, conservó la albura de los sentimientos infantiles y la modestia característica de las almas grandes: un día lueros, en el College de France, anunciaba a sus alumnos, que el jueves próximo no tendría lugar su conferencia acostumbrada, porque me encontraré —agregaba— retenido por obligaciones, y era, que ese día jueves debía ser recibido, nada menos, que en la Academia Francesa. Toda su vida fue de un asceta y un apóstol; rebusar la verdad, establecer la moral y la dignidad humanas sobre la base potente de la pura razón, permanecer fiel a su sueño, como el mismo lo expresaba, de justicia y de verdad, que tanto le había fascinado desde sus tiernos años, alimentado, perpetuamente, por el noble deseo de dirigir su vida hacia un fin superior, tal es el eje que permaneció incommovible y sobre el cual giró la deslumbrante actividad de su persona durante los 80 años que pasó por el mundo: fue una vida edificante, que para mayor realce, se cerró con llave de oro, porque nuestro Hércules del pensamiento murió de amor, como lo haría el más tierno y sentimental de los poetas. A poco de haber cerrado los ojos a su esposa y de haberla acariciado sobre su frente de cadáver con el ósculo tembloroso del adiós supremo, Berthelot, aún fuerte, a pesar de sus ocho décadas moría a su vez, víctima de la herencia congénita. Y aquí, no cabe sino gritar con Lamartine: "Amor, ser de los seres; amor, alma del alma."

Convencido como estaba de que la ciencia es la gran emancipadora del pensamiento y de que, su cultivo y el del arte podían llegar a ser las bases más seguras de la moral humana, ya como ministro, ya como miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública, ya como legislador, trabó dura campaña por el mejoramiento de la enseñanza en su país. Berthelot es una de las figuras culminantes de la reforma educacionista. "El desarrollo de la instrucción secundaria—decía— y el desarrollo de la primaria, están ligados de la más estrecha manera con el de la instrucción superior, bajo el doble punto de vista de los maestros y de las doctrinas", y con esta mirada sintética, dotó a Francia de los más estimables recursos para la educación de su pueblo, por medio de leyes racionales y que abarcaban en un armónico conjunto todos los ramos del saber en sus diferentes etapas. En esta magna obra, su



ARCO DE SANTO DOMINGO.— Quito

nombre figura al lado de los grandes reformadores, Jules Ferry y del sabio fisiólogo Paul Bert, que también fue político notable y ministro de Instrucción. Berthelot es el venerable artífice de la educación laica. Escuchemos su manera de pensar: "La lucha empeñada entre la Sociedad laica y la Iglesia será juzgada en el porvenir como uno de los rasgos más salientes de nuestra época. Se trata, en efecto, de un problema que nunca ha sido planteado de un modo tan preponderante en el orden social y filosófico. ¿Una sociedad puede vivir sin religión oficial, sin apoyo sobrenatural, sin prejuicios, como habría dicho Voltaire, en una palabra, podrá vivir sacando todos sus principios de acción de la sola autoridad de la ciencia y de la razón? que se apruebe o se infame. las creencias religiosas ya no son, como antes, la base del orden social y de la moralidad humana, y a pesar de todo eso, no somos testigos de que las sociedades se hayan derrumbado por el lado del desorden y de la corrupción".

Berthelot es la cumbre del libre pensamiento, es el tipo moral del hombre que prolará el planeta, cuando después de las

titánicas contiendas que se preparan amenazantes y a cuyos preludios ya empezamos a asistir, la humanidad se pose risueña sobre su trono de reina de la razón; y el laicismo del Estado, esa conquista de la civilización sobre las viejas instituciones monopolizadoras del derecho de pensar, es un paso que encamina a esa meta más acariciada cuanto más lejana: la figura de Berthelot se agigantará cada día, por haberse atrevido a desconocer a las religiones, el secular derecho de tiranizar las conciencias.

La ciencia, es la columna de granito sobre la que, Berthelot, mira fundada la nueva humanidad, y las ciencias experimentales, sobre todo, son las que le dan mayor confianza, por eso, fue la preocupación de su vida, el incremento del material de rebuena en los planteles de instrucción; ya en 1883 nos hablaba de este modo: "Cerrar los laboratorios y las bibliotecas, paraliza las investigaciones originales, y regresaremos presto al tiempo del escolasticismo".

Pero, no se piense que Berthelot reniega de las especulaciones metafísicas, lo que le subleva es el dogma que obliga a

creer sin comprender; el dogma puede ser un lujo con que se regalán cierta clase de espíritus, pero es absurdo presumir, que sea el pan intelectual de las ciencias libres. Las matemáticas están fundadas en axiomas que se imponen a la razón como evidentes, y sin embargo, los discutimos y estudiamos, y más, Binstein, nos acaba de demostrar la relatividad de esos principios. El dogma no sólo es incomprendible sino francamente absurdo. Y si tenemos derecho de revisar los axiomas matemáticos, ¿por qué, en tratándose del dogma se nos cierran todas las puertas y se nos prohíbe el libre examen? Y si los fundamentos de las ciencias matemáticas son atacables, ¿cómo podemos creer que no lo sea el dogma? ¿Cómo podemos consentir que esos absurdos sean verdades absolutas, sobre los que estemos obligados, so pena de inmensos castigos, a construir nuestra ciencia y nuestra moralidad?: el fundamento de la Moral no puede ser el miedo, sino la ciencia, esto es, la razón.

Por su horror al dogma, Berthelot, no comulgaba con el positivismo de Augusto Comte, porque, según nuestro sabio, pretendía inmovilizar el espíritu humano en un dogmatismo nuevo y prohibirle los grandes problemas filosóficos; prueba evidente, que reconocía el gran valor de la metafísica; lo contrario habría sido incomprendible en su cerebro, porque desconocer estos estudios sería negar la naturaleza humana, que se caracteriza por esa sed de beber en lo desconocido, de planear por sobre el mundo sensible, de explicar el universo de algún modo, ya que las ciencias llamadas positivas no son capaces de dar la clave del enigma: la necesidad de investigar es la facultad humana por excelencia.

Lo que no concibe Berthelot es que se especule en filosofía en plena ignorancia o desdén de las ciencias positivas, porque, éstas, son las que dan el material más digno de fe para edificar sistemas. Los filósofos antiguos no conocían ni la centésima parte de lo que nosotros conocemos, de ahí que, sus teorías, si bien en ocasiones nos sorprenden, están cuajadas de errores tan groseros, que en nuestra época, un niño de la escuela puede perfectamente denunciarlos. Igual suerte correrá la mayor parte de nuestra sabiduría cuando hayan pasado cien generaciones, lo que quiere decir, que la filosofía corre parejas con las ciencias: cuando éstas cambian merced a los incansantes descubrimientos, ella tiene que modificar sus puntos de vista, y si bien la filosofía, por medio de su lógica, dirige al intelecto en sus investigaciones,

las ciencias positivas están constantemente corrigiendo a la filosofía. Edificar sistemas, reconociendo dogmas inmutables o menospreciando los datos experimentales, es construir sin base, es levantar castillos en el aire, es forjar escuelas a la fuerza, lo que no se hace, sino cuando se desea defender un interés recóndito, que no se lo quiere decir por dignidad. Pero, entonces la filosofía deja de ser tal, para convertirse en arte de ingenio, y el hombre, deja de ser filósofo para llamarse ingeniero o, tal vez, prestidigitador de las ideas; es levantar escuelas semejantes a las que vemos aparecer con frecuencia en el campo de la política, que no tienen otro objeto que apuntalar las paredes del edificio carcomido de las viejas creencias; es, con perdón de ustedes, trabajar a lo Uexkull y a lo Bergson, cuyas filosofías, a parte de algunas cosas de valor, son de tinte antiguo, de frases resonantes y palabras nuevas, todo, para brillar con tapujos de modernas; escuelas son, destinadas a percercer tarde o temprano y a derrumbarse, como se derrumba todo lo que está fuera de plomo, porque, si juzgamos el porvenir por el giro que toma la humanidad en los tiempos presentes, es de creer que nos dirigimos al reino de la razón apoyada por, las ciencias positivas.

Mas, ya es tiempo de conocerle a Berthelot como gran químico. Aquí también vamos a encontrarnos con un hombre extraordinario. Berthelot es el fundador del inmenso capítulo de la termoquímica. Sus estudios sobre los explosivos, efectuados en vista de la defensa de su noble patria cuando la Guerra del 70, le condujeron al descubrimiento de las reacciones endotérmicas y al de las medida, valiéndose de su famosa bomba, de la afinidad de los cuerpos, hasta entonces, de lo más misteriosa, por medio del calor que entra en juego en las diversas reacciones. Sus trabajos están sintetizados en tres grandes principios que el sabio los formuló de esta manera: 1º.—La cantidad de calor desprendido en una reacción, mide la suma de los trabajos físicos y químicos que tienen lugar en ella; es el principio de los trabajos moleculares. 2º.—Si un sistema de cuerpos, simples o compuestos, tomado en condiciones determinadas, sufre cambios físicos o químicos capaces de llevarlo a un nuevo estado, sin dar lugar a ningún efecto mecánico exterior al sistema, la cantidad de calor desprendido o absorbido, por efecto de esos cambios, depende únicamente del estado inicial y del estado final del sistema; esta cantidad de calor es siempre la misma, cualquiera que sea la

naturaliza y el orden y número de los estados intermedios; es el principio del estado inicial y del estado final, tan familiar para los estudiantes. 3º—Todo cambio químico, llevado a cabo sin la intervención de una energía extraña, a temperatura constante, tiende hacia la producción del cuerpo o del sistema de cuerpos que desprende más calor; es el principio del trabajo máximo.

No hay necesidad de ser profundo en ciencias físicas para aequilatar el valor y el interés de estos descubrimientos; ellos modificaron el arte de la guerra; Berthelot dedujo la posibilidad de preparar explosivos que no se conocían, el abandono de la pólvora negra que había servido durante siglos, por la aparición de la pólvora sin humo, no se dejó esperar mucho tiempo. Por ende, Berthelot, también modificó el arte de explotar las canteras y las minas, y su descubrimiento de la onda explosiva es de tanto valor en estos ramos, que, cuando lo comenta Nernst, el gran físico-químico alemán, exclama: "¡Es un descubrimiento propio de un genio!".

La química agrícola también recibió el contingente de sus conocimientos; con el fin de estudiar la acción de la electricidad sobre la vegetación, fundó en las cercanías de París, en Meudon, un laboratorio que todavía existe y produce excelentes trabajos. El problema de la alimentación nitrogenada de las plantas le preocupó los 20 años últimos de su vida: Berthelot es el gran químico de los abonos artificiales. Y en cuanto a la fijación del nitrógeno, sus descubrimientos fueron sorprendentes: "La tierra, decía, es una cosa que vive"; y luego: "El punto de partida de la fijación del nitrógeno, reside, no en los vegetales superiores, sino en algunos de los microorganismos inferiores que pueblan la tierra vegetal". Todos sabemos, que los trabajos modernos no han hecho sino confirmar estas palabras. Su laboratorio y su jardín experimental de Meudon le fueron tan queridos como su laboratorio del "College". Iba con toda la frecuencia que requería su labor, y al encontrarlo en la faena, vestido como rústico, jamás se hubiera dicho que ese hombre era el genio del siglo XIX. La víspera de su muerte, robándose unos instantes a la asistencia asidua de su esposa enferma, todavía se le encontró de viaje a su querido jardín, en donde tenía que vigilar una experiencia sobre la acción del radio en el reino vegetal.

Berthelot estaba convencido de que el mundo viviente se regía por las leyes conocidas o por descubrirse de la física y la

química, y estas ideas le hicieron discrepar con las doctrinas de Pasteur acerca del principio de las fermentaciones. Berthelot había explicado ya, de una manera elegante, el origen del calor animal por el sólo juego de los agentes naturales, y no podía concebir que los fermentos efectuaran su trabajo valiéndose de una fuerza misteriosa, que para decir algo de ella, la llamaban vital. Pasteur había enseñado que el fermento era el microbio mismo y que actuaba como tal mediante dicha fuerza; Berthelot, descubrió la invertina y comprobó que el fermento es una secreción del microbio, un producto muerto, y que una vez fuera de él, actúa como sustancia química, sin que intervenga para nada el hálito vital. Los que entienden de este ramo, no podrán negar, que las modernas teorías sobre las toxinas y las antitoxinas, tienen su origen por aquí, y no podrán menos que sonreír de esperanza, ya sabiendo que son sustancias químicas, que la química, tal vez, llegará a prepararlas sin valerse de los microbios, y con el concurso, únicamente, de la energía física.

Pero, donde Berthelot culmina como sabio es en el ramo de la química orgánica, este capítulo, pudiéramos decir, y no exageramos, es de su pura creación, más aún, sus trabajos han hecho asimilarla a un capítulo de la química mineral, porque, a la hora actual, la vieja química de las sustancias fabricadas por los seres vivos, mediante fuerzas misteriosas y fuera de natura, ya no existe; la química orgánica no merece su nombre: pues, no es otra cosa que el estudio de los compuestos en que entra el carbono.

Hasta antes de Berthelot había una división profunda entre la química mineral y la orgánica. Ocioso sería explicar lo que ha estudiado y estudia la primera, pero la segunda, se reducía a considerar, tan sólo las sustancias que son fabricadas por los seres vivos, como el almidón, el azúcar, la úrea, las grasas, etc. Se pensaba que estas materias eran elaboradas por la fuerza vital y se creía, por tanto, que el hombre no podría fabricarlas, y el gran Berzelius apoyaba con su enorme autoridad esta manera de ver. Resultado de esto era, que sólo la química mineral disponía de los dos métodos clásicos: el del análisis y el de la síntesis, porque desahacía y podía rehacer lo destruido; la química orgánica, al contrario, sólo disponía del análisis; descomponía todos los cuerpos que estudiaba, pero era incapaz de construir; no le era dado fabricar la más insignificante partícula de soko; la síntesis le estaba vedada; sólo la fuerza vital

podía hacerlo. En años anteriores, Voehler había fabricado la úrea y Kolbe el ácido acético, pero estos descubrimientos no fueron tomados en cuenta, ya porque se los considerara como simples excepciones, ya porque se tomara a estos productos, según la expresión de Berzelius, como "substancias colocadas sobre el extremo límite de la composición orgánica y de la inorgánica", esto es, en pocas palabras, fuera de los cuadros característicos de la química orgánica, y en efecto, la úrea se relaciona con la serie del cianógeno, que es un cuerpo que indiferentemente puede figurar en cualquiera de los dos capítulos. Y en cuanto al acético, aunque es un orgánico por derecho, el sabio Dumas, lo llamaba y con razón en ese tiempo, "un ser aislado en la serie de las combinaciones orgánicas".

A Berthelot le toca el honor de haber creado la síntesis orgánica: Voehler y Kolbe y alguno más, son sus precursores.

Berthelot fabricó, primero, los cuerpos grasos partiendo de los ácidos y de la glicerina, y de este trabajo nació la fecunda noción de las reacciones reversibles, que en la época actual, se ha convertido en la ley de la acción de las masas y que rige todos los equilibrios químicos. Luego, hizo las síntesis de la escucia de mostaza, del alcohol etílico, del ácido fórmico, del alcohol metílico, del acetileno, del benceno, del ácido oxálico y de mil substancias más, con la advertencia, que ahora, la química orgánica fabrica más de doscientas mil substancias, y no sólo cuentan entre ellas las materias que se encuentran en el reino animado, sino también una infinidad de otras, comparables en composición a las primeras, y que la naturaleza es incapaz de producir las por falta de medios: el impulso de Berthelot es gigantesco: ahí están, para atestiguarlo, ese sinnúmero de productos colorantes, odorantes, farmacéuticos y otros y otros, que la industria elabora por la vía sintética: la obra de Berthelot no palidece ni ante la del mismo Pasteur.

La síntesis más famosa y fértil de Berthelot, es, sin duda, la del acetileno, pues, de este cuerpo se pueden ir derivando de un modo sistemático, las diversas funciones de la química orgánica: del acetileno, hace el etileno, de éste el alcohol, de aquí, los aldehídos, de los aldehídos, los ácidos, y estamos a un paso de las materias grasas. Los aldehídos y alcoholes generan los azúcares; las funciones nitrogenadas nacen del mismo tronco con la intervención del amoníaco o de alguna substancia apropiada y que contenga nitrógeno. Las fécu-

las, aunque no han sido obtenidas, se sabe que son azúcares condensados. En cuanto a las albúminas, si bien es lo más obscuro de la química, pero ya se sabe mucho de los ácidos amiuados, y es seguro que por ahí se llegará a producirlos.

En vista de todo esto, Berthelot, llegó a entrever, un gran problema: el de la fabricación artificial de los alimentos, y cosa rara, Berthelot ha llegado a las masas populares y aún al conocimiento de muchas personas con ínfulas de ciencia, como el químico que quiso nutrirnos con pastillas. Berthelot si lo dijo, pero fue en un banquete, y hay que advertir, que el gran sabio, fue persona de chispa y de fa-cundia.

Después de lo expuesto, se comprenderá fácilmente que en llegando a fabricar los cuerpos grasos, los hidratos de carbono y los principios albuminoideos, como no es absurdo aceptar, el alimentarse con ellos no sería sino cuestión de costo. Y en cuanto a lo de las pastillas, oigámosle cuando nos habla con palabra autorizada: "El hombre quema cada día una cantidad de alimentos que contienen de 250 a 300 gramos de carbono y elimina de 15 a 20 gramos de nitrógeno.... No hay, pues, que imaginarse que aquella cantidad pueda reducirse a una quintaescencia y ser concentrada..... Guardémosnos de admitir esa ilusión tan difundida. Hay personas que creen que los alimentos químicos permitirán reducir la ración diaria a algunas pastillas".

En vista de tan halagadores resultados, cabe preguntar, si la química llegará a fabricar la materia viviente. La respuesta sería afirmativa en el caso de que ésta existiera: La residencia de la vida es la célula; en ella se han descubierto, hasta aquí, muchas cosas, y es de esperar que el porvenir descubra más. Pues bien, la vida no radica en ninguno de los componentes celulares, la vida es el resultado de las relaciones de equilibrio, que se establecen de un modo armónico, entre esas diferentes substancias, las cuales, consideradas por separado, no son sino compuestos químicos, esto es, cuerpos muertos pertenecientes a la química orgánica, y cuya síntesis, después de Berthelot, es de lo más factible. Pero, no es el químico el que fabricará la célula, esa es labor de los fisiólogos, ellos la harán cuando los químicos les proporcionen los componentes brutos, ellos sabrán asociarlos para que den el resultado que se busca: la química es, tal vez, la ciencia de más vuelo, porque su distintivo es el ser eminentemente creadora.

ORO VIEJO

Trenza el viento salvaje una asonancia triste
en la inmensa llauura de ambigüedad vestida,
la aldea taciturna que en la sombra se inviste
de encantamiento mudo, se presenta invertida.

Como en los tiempos idos de aroma y de leyenda,
de monstruos dialogantes y de gnomos vencidos,
hay un puente en disputa y almenada vivienda
en la agrestez estoica de los cerros dormidos.

Todo toma una lenta trepidación de asombro:
la Bella estremecida de pábulo a la Fiera,
que en el momento tenue se le sube hasta el hombro
y le baña de ingrátida sapiencia y de quimera.

Por vagos caminales una añoranza vuela:
se cuenta que una arpía ahogó a un niño en la cuna
y un Dragón entró a furto y rompió la caucela
nupcial, tomando en peso a la esposa moruua.

Oh mi edad constructiva teñida de hondo hastío,
conseja, que reflotas en un pasado muerto,
trenza el viento salvaje en el erial sombrío
una asonancia triste de un escozor iucierito!

Sergio Núñez

Quito, Ecuador

Tal es, señores, la magna labor del sabio Berthelot, que, como habreis podido daros cuenta en este resumen, no es una labor desconocida; sus descubrimientos, todos, fueron dirigidos a un fin filosófico: el demostrar que el reino de la vida y el reino mineral se rigen por las mismas leyes. Fin noble y desinteresado, digno del colosal hombre de ciencia como fue Marcellin Berthelot, digno del gran libre-

pensador del siglo XIX, digno de su refinada cultura intelectual, de su gigantesco cerebro y de su noble corazón, rebozante de las más apreciadas virtudes: "Lucee intellectuall piena d'amore".

He dicho

Julio Aráuz

Quito—1927

EPIFANIA

QUINCE años: y mi vida que se abría a la vida,
mi blanca juventud apenas florecida;
mi cielo azul, mi mar azul como mi cielo,
no rizado ni por la caricia de un vuelo.

Yo, la sultana, yo, la reina de mí mismo,
radiante con la aureola de mi hondo misticismo;
recostada en la arena de mis propias riberas
veía balancearse mi barco de quimeras
y olvidada de todo, perezosa y riente
soñaba con un príncipe de algún lejano oriente.

Una buena mañana de Junio, el de los soles,
que besan a la tierra con locos arreboles,
vi llegar a mi playa tu góndola dorada,
poniendo oro en lo azul de mi mar encantada.
Es mi *Mago*, me dije, ya viene; porque sí:
si lo he soñado tanto.... Si ya lo presentí....

Me vi, y estaba hermosa en mi *pose* indolente,
en mi *pose* de espera al Príncipe de Oriente:
en la brillante arena, mi cuerpo como estrella
dejada por la noche en el regazo de ella;
la blancura hondulante de mi carne desnuda
que conmoviera aún al severo Dios Boudha;
mi cabellera bronce, la sangre de mi boca,
la redondez espléndida de mi juventud loca.
Me vi: qué bella estaba! Regia cual para ti....
Me vi: Tú ya te hallabas deslumbrado ante mí.

Prosternado en la playa me adoraste, y después,
 inclinándote más, me besaste los pies;
 pero luego te alzaste, no, jamás te soñé
 como cuando en mis ojos tu apostura copié:
 moreno por los besos de tu sol tropical
 que te diera su fuego y su belleza real.
 Moreno; pero hermoso: esa tu tez morena
 puso sombras goyescas en mi tez azucena.

Y los regios presentes que a mis plantas pusiste
 las maravillas que de tu país trajiste:
 Dos cafres que alegraron mis extasiados ojos,
 tu mejor don: mis cafres ... tus ojos, sí, tus ojos
 el ébano pulido de tu negra melena
 a la que yo ceñí mil besos por diadema;
 esa ánfora de vino tan rojo de tu boca,
 que la vertiera toda adentro de mi boca;
 el marfil de tus dientes que quedaron impresos
 en mí, por donde quiera que me hurgaron tus besos;
 de tu aliento el exótico perfume, que impregnó
 mi temblorosa carne, que ardoroso rozó;
 el terciopelo uncioso de tu cutis oscuro,
 de tu armoniosa voz el tintínco puro
 y el raso transparente de tus morenas manos:
 manos ociosas, manos propias de soberanos,
 y el más rico presente: el sangriento rubí
 que, adentro de tu pecho, trajeras para mí.
 Tu corazón, la regia joya que en el blancor
 de mi seno, irradió con extraño fulgor:
 la claridad suprema que el Amor da de sí.

¡Ah la luz en mi pecho, del sangriento rubí!...
 ¡Ah, los presentes regios que ese día me hiciera
 y las ofrendas que, de Oriente me trajera,
 el Moreno Rey Mago, que se dió todo a mí!...

Ramona María Cordero León

Cuenca, 1927



POEMAS CORTOS

Para María Esther Valdivieso

TU ALMA ES COMO LA MIA



HERMANA! Cada vez que te miro, veo reproducirse en tus pupilas mi alma con todas sus secretas ansiedades. Y suspiro sorda y prolongadamente, diciéndome a mí mismo: "así tiene que ser!"

Porque,—no sabes?— conozco lo que a tu espíritu le agita. Comprendo tus inquietudes. Leo tus pensamientos y mido tus recónditos anhelos. En las glaucas profundidades de tus ojos, melancólicamente apacibles, voy contando cada uno de tus sueños, que aletean en tu corazón como vistosísimas mariposas, sin que tus manos puedan aprisionarlas.

Y hasta en la fina y delicada comisura de tus labios creo advertir el rictus indefinible de un dolor aristocrático, sereno a veces; taciturno y huraño, otras.

Y al mirarte atentamente, te digo, hermana, que estoy viéndome a mí mismo; estoy sintiendo palpar, mi corazón como palpita el tuyo; pues lo sé estremecido por iguales angustias que las mías; acariciado por las mismas esperanzas que le adormecen al mío; sonriente a las alboradas de las quimeras, y afligido al ocaso de las ilusiones, como le sucede al que en mí siente el peso enorme de la vida.

Y digo: "así tiene que ser", porque a veces, mirándote, he sonreído primero de dulcísima embriaguez pensando que podríamos comprendernos; y, luego, de tristeza, porque tú, como yo, vas con la vista fija en un punto invisible del horizonte, y nunca, nunca advertirás que marchamos el uno junto al otro, por el mismo camino, románticos romeros en pos del mismo sueño.

MAS TARDE, EN LA PROSA DE LA VIDA.....

Pero la vida es tirana caprichosa y exigente.

Vendrá un día en que, cansados de escudriñar tan lejos, tus ojos se detengan en los que a tu lado pasan. Y escogerás uno, al que llamarás el "compañero de tu existencia". E irán muriendo, uno a uno, los románticos sueños que cerraron tus pupilas en las noches de luna.

Y te enorgullecerás de verte prolongada y reflejada en tus hijos. Y acaso, hasta reirás burlescamente de los pensamientos que tapizaron de rosas tu adolescencia. Y el burgués de tu esposo te contaminará de su prosa práctica, experta y chavacana. Y pensarás que eres dichosa. Y creerás haber colmado la sima de tus deseos.

No te engañes. Momentos habrá en que sientas renovarse las exquisitas y sensibles zozobras de tu alma. Y aunque quieras disiparlas, y aunque intentes extinguirlas, tu espíritu rebelde romperá las cadenas por ti misma forjadas, y volará lejos, en busca de los pasados días en que nada le detenía, en que le bastaba la luz de la luna, el susurro del agua, la voz del camino y el cuchicheo discreto del arbolado en noches de primavera, para adornirse en el regazo de inefables desvarios.

Y en uno de esos embrujadores momentos, acaso, acaso de entre sombras y brumas surja radiante mi recuerdo. Y evoques el minuto aquel en que, tembloroso y balbuciente, tímido y embargado, te pedí la limosna de tu amistad y tu cariño. No quisiste que pudiera ser tu compañero el único que te comprendía. Pero, no has podido impedir que fuera tu hermano el único que lleva en la suya el retrato de tu alma.

Ben Omar

Quito—VII—26—27.

Misterios que no Puedo Explicar

*Traducido del inglés para
"América", por P. P.*



¿CÓMO podré comprender por qué tantas personas aseveran positivamente que tal cosa no ha sucedido, sólo porque éllas no pueden explicarla. Tampoco he comprendido la razón de los aspavientos y enojo que la afirmación de un hecho despierta, cuando se trata de "fenómenos psíquicos". Alguien que permanecería indiferente al oír a un curandero hablar de su última curación glandular echaría espumarajos al sólo nombrarle "fenómenos psíquicos". Me pregunto: ¿Por qué semejante prejuicio?

¿Qué son fenómenos psíquicos? No lo sé; pero me parece, como que existieran fenómenos de tal o cual carácter y apariencia, mentales o físicos, cuya explicación no puede darse como de cosa conocida y juzgada.

La ciencia, como es natural, procede lentamente para aceptar "fenómenos psíquicos". Digo, como es natural, porque élla tiene un fin especialísimo. La ciencia se ocupa en observar hechos para de ellos deducir leyes; y para obtener buen resultado, debe tener suficientes hechos que observar. Estos deben producirse espontáneamente y en número suficiente para que los sabios puedan examinarlos, o se debe poder realizarlos cuando uno lo desee.

¡Cabalmente aquí está la dificultad! Fenómenos psíquicos se producen aun en forma rara e imprevista. Jamás puede uno saber dónde o cuándo van a producirse. Lo más que podemos hacer cuando suceden, es anotarlos y examinarlos tan cuidadosamente como nos lo permite su naturaleza. Díez mil casos observados, de una sola apariencia "facc", se han coleccionado, clasificado y publicado; pero aún esta inmensa cantidad de pruebas no tienen otro significado ante la ciencia que la de servir de base de estudio y meditación. ¿Por qué? Porque el fenómeno que se estudia no puede ser realizado siempre que

uno lo desee, y las veces que fuere menester. Nadie puede producirlo de igual manera que combinando dos substancias químicas obtiene una tercera.

Algunas veces parece que cierta clase de "fenómenos psíquicos" pudieran ser, repetidos tantas veces como uno quisiera. Mas, cuando se examina un poco más concienzudamente se ve que esto no sucede enteramente así. El que con ciertas personas estos fenómenos se repitan una y otra vez y con alguna regularidad no significa que puedan realizarse a voluntad. ¿Por qué? Porque nadie comprende en lo más mínimo ni el modo ni la razón de su realización. Pues, a pesar de las más serias tentativas, la ciencia ha fallado siempre en producirlos.

Pero pongo en duda que los sabios u otro cualquiera honradamente nieguen que existe algo que está por explicarse. Y si existe, ¿por qué echarlo al olvido? Causa muchas emociones el investigar; y no me parece sensato llamar extravagante a una persona porque de modo inteligente se da a inquirir lo desconocido.

Aunque no pretendo saber mucho de "fenómenos psíquicos", juzgo que es un campo de observación muy interesante. Quiero dejar que la ciencia obre concienzudamente en su estudio u obtenga una oportunidad para determinar de manera científica la realidad de los "fenómenos psíquicos". Mientras tanto todos sabemos que nuestras facultades se han desarrollado, se desarrollan y se desarrollarán. ¿Qué salvaje fue capaz de componer una sinfonía, formular, un silogismo o escribir un poema? Sin embargo, alguno de ellos debe de haber producido insólitos ruidos en flauta de caña, y algún otro dado gritos desde las alturas cuando cazaba, y un tercero discutido con el viejo Cíclope hasta que éste le derribara de un garrotazo.

En verdad no veo cómo desarrollemos nuestras facultades incógnitas hasta el punto que podamos sacar provecho de ellas, si no nos dedicamos a conocerlas. No creo

que estemos muy lejos del objeto, a pesar de que nosotros, pobres mortales, no podemos hacer otra cosa que referir lo que experimentamos o vemos. ¡Sin embargo, insisto en que es grandioso el explorar! Séame permitido relatar algunas pruebas obtenidas en mis investigaciones.

Conozco una mujer que posee una facultad muy curiosa: la de cerrando los ojos ver interiormente cuadros imaginarios que en las más de las veces han salido verdaderos, de tal modo que he acostumbrado anotar la descripción que de ellos nos hacía en el momento mismo de verlos. Pues pienso que no puede uno fiarse mucho de la memoria, especialmente percatándose de lo que en gran manera le interesa. Mi amiga no tiene dominio alguno sobre esta rara facultad. Las visiones se presentan de vez en cuando y no tienen importancia en sí mismas, ni atienden a su persona, ni a persona alguna de su trato.

Una mañana, mientras viajábamos por lejanas tierras, cerró los ojos un momento, debido a un reflejo de luz muy fuerte, y abriéndolos casi inmediatamente exclamó: "Acabo de ver algo muy gracioso. Un bote verde, bajo, y en él un hombre con un sombrero negro de alas caídas. Su cara era delgada y pálida, el bigote enmarañado y desigual y llevaba un pedazo de casimir negro sobre el ojo izquierdo". Todo esto lo anoté yo como de costumbre y pronto olvidé lo acontecido. Al día siguiente por la tarde nos encontrábamos a muchas millas del lugar de la visión; remaba yo al través de una bahía muy ancha, yendo a un paraje cercano a una pequeña caverna donde esperaba pescar. No dejé de advertir que estábamos viajando y que jamás habíamos visitado aquel lugar. De otra manera sería justo suponer que la viidente había visto en las cercanías al hombre con el pedazo de casimir negro en el ojo, y que guardaba la imagen de él en la memoria subconsciente (*subconscious mind*). Continuando la historia: la barca de un pescador estaba anclada en la pequeña caverna. "Ahoy", grité. ¿Hay alguien a bordo? Examinado, vimos que al otro lado de la barca se hallaba un hombre con un sombrero de alas caídas. Su cara era delgada y pálida, el bigote enmarañado y desigual y llevaba un pedazo de casimir negro en el ojo izquierdo. Luego advertí que el esquire se hallaba pintado de verde.

¿Explique Ud.?. . . . No puedo. . . . ! No hago otra cosa que referir lo acontecido.

Conservo en mis apuntes una media docena de casos de las curiosas visiones de esta mujer. Un día sábado nos dijo lo siguiente:

¡Nuevamente algo gracioso! Parece un tanque de guerra destruido o una pieza de alguna máquina deshecha. Está en el agua. . . . , no, no está. . . . ; sí, sí está! Qué cosa tan curiosa! un minuto parece permanecer en el agua otro en tierra.

Hizo algunos comentarios más sobre el aspecto general de lo aparecido. El lunes siguiente, el periódico de la mañana traía la fotografía de los restos de las máquinas de un buque naufragado que se hallaban aún asidos a una parte de la quilla del barco. La alta marca los había arrojado a la costa cerca de Cliff-House. ¡Y bien!, exclamó al mirar la fotografía, "esto es lo que vi en la visión del otro día". Naturalmente, en la orilla, debido al vaivén de las olas, la enorme masa del casco debía de estar una vez dentro y otra fuera del agua. Tengamos presente que el día sábado, cuando mi amiga "vió la visión", los restos todavía no habían aparecido en la costa. De manera que mal podríamos decir que se trataba de un caso de memoria subconsciente. En otra ocasión, esta misma mujer presentó un caso algo diferente de los anteriores. Una persona muy estimada por ella se hallaba próxima a dar a luz. El 10 de Junio, mi amiga anunció de manera enfática que el heredero sería un hijo y nacería el diez y ocho de Junio. Al día siguiente recibió una carta en la que se le comunicaba que según el diagnóstico de los médicos la criatura debía nacer en el mes de Julio y sería hembra. Contra lo pronosticado la criatura nació el diez y ocho de Junio y fue varón.

Otra señora a quien trato muy de cerca, posee una facultad que si en verdad no es más extraordinaria, en cambio llama más la atención. Es hermana de uno de los banqueros más grandes del país y esposa de un publicista muy conocido; mujer de carácter muy sereno y sumamente bondadosa, sin pretensiones de ninguna clase. Lleva una vida normal ocupada. De la facultad de que es poseedora y de los resultados obtenidos no comprende nada en absoluto. Esta señora y su marido visitaron a mi familia por algunos meses en el invierno. Durante su permanencia, algunas tardes, cuando manifestaba sentir la "inspiración", podíamos hacer experimentos de sus "raros" poderes. Luego que habíamos vendado los ojos de Mrs. Gaines (que así se llamaba) procedíamos a colocar un objeto en las palmas de sus manos donde permanecía sin que ella in-

tentara tocarlo con los dedos, ni tráfara de identificar su naturaleza de alguna manera. Siempre que era posible, los objetos estaban envueltos, doblados y disimulados de tal modo que era imposible reconocerlos.

Los objetos que tuve más a la mano cuando hicimos el primer experimento fueron unas viejas fotografías — daguerrotipadas —, antiguas planchas metálicas de familia que no las había visto durante varios años. Algunos eran retratos de hombres, otros de mujeres, y varios, grupos mixtos de hombres, mujeres y niños. Tomé una de ellas a la ventura y sin mirarlas siquiera la dí a Mrs. Gaines. Por supuesto Mrs. Gaines, por el tacto, podía reconocer que dicho objeto era un daguerrotipo. Pero nos manifestó inmediatamente que lo que tenía en manos era el retrato de una señora. La descripción que hizo luego fue exacta, como nosotros pudimos comprobarlo cuando examinamos la plancha. Especificó la clase de peinado que llevaba la mujer del retrato y pormenorizó el vestido. Luego nos hizo una pequeña reseña de su carácter. Describió a la señora sentada en una silla mecedora e imitó con bastante exactitud un gesto muy característico suyo. Tanto el gesto como también la reseña del carácter los reconocí inmediatamente ya que el retrato era de mi abuela. También recuerdo que ésta acostumbraba sentarse en su mecedora junto a la ventana. En la descripción hubo una sola cosa dudosa; Mrs. Gaines manifestó que la falda llevaba adornos. Como el retrato era de medio cuerpo, nos encontramos perplejos acerca de la verdad de este pormenor, hasta que logramos encontrar otras planchas tomadas por la misma época que aquella, en una de las cuales estaba el retrato de mi abuela. En este grupo se podía ver la falda adornada de la manera que había sido descrita.

Este comienzo fue muy prometedor. Hicimos luego varias pruebas en Mrs. Gaines, sirviéndonos de varios objetos y el éxito obtenido fue muy satisfactorio. Pocas veces hubo equivocaciones pero sólo en cosas que no concernían a la descripción de los objetos y en otras no pudo dar información alguna.

En una o dos ocasiones se equivocó completamente.

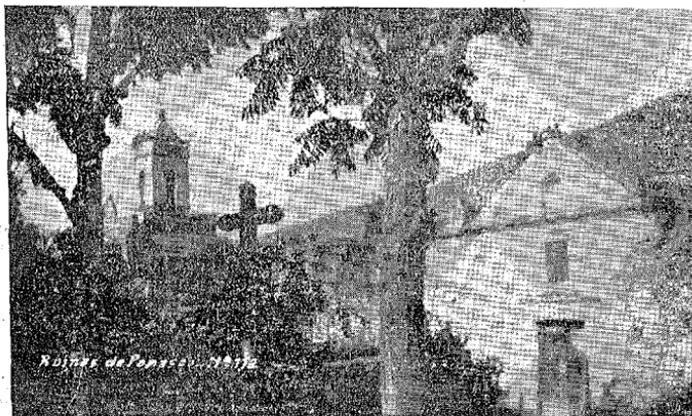
Una tarde puse en sus manos una pantufla de cuero de gamo que había comprado en una tienda de la Bahía de Hudson y había usado durante muchos años en el Canadá. La pantufla estaba envuelta a fin de evitar que pudiera caer en la cuen-

ta de la naturaleza del objeto. Mrs. Gaines después de haber tenido el paquete un momento en las manos, repentinamente, lo arrojó exclamando: "¡Siento cosquillas en las manos, siento vibraciones, tengo la sensación de que esto tiene vida animal!"

Después de una pausa, describió una fogata y "un hombre primitivo, una especie de indio en cuclillas que golpea algo, tal vez preparando el cuero de un animal". En seguida habló de un cuadro en el cual cosían y daban forma, y luego uno de los objetos era llevado muy lejos y entregado a una persona. Tenía la impresión de que este objeto tenía alguna relación con el pie. Aún percibía el fuerte y delicado olor del cuero de gamo, que dicho sea de paso habíase evaporado ha mucho tiempo en lo que en nuestros sentidos toca. De manera rápida hizo alusión a una tienda en la Bahía Hudson, luego a una jornada que en su mayor parte fue hecha a pie y parte por agua; en su orden exacto y de manera que pudieran reconocerse, enumeró los puntos topográficos más importantes entre el Lago Superior y la Bahía Hudson. Fue una demostración completa y significativa. No se hicieron preguntas ni observaciones de importancia.

En otra ocasión mi mujer dió a Mrs. Gaines un paquete muy bien envuelto que contenía un vestido delgado de "baby", que ella había usado de niña. Bien podía ser una toalla, una falda vieja, una bufanda, un pañuelo grande o cualquier otro objeto de tela. Mrs. Gaines, inmediatamente, identificó el objeto como perteneciente a mi mujer, y después de un momento aseguró positivamente que era un vestido de niña. Luego procedió a especificar con cuidado el corte del vestido y describió exactamente la clase de zapatillas que había usado con aquel vestido. Describió la casa donde vivió mi mujer. Mrs. Gaines jamás la había visitado, ni había hablado con mi esposa acerca de ella. Poblóla exactamente con la parentela de mi mujer caracterizando fielmente a los allí congregados, todos los cuales habían muerto ha mucho tiempo. Llegó al extremo de especificar la clase de pulsera que acostumbraba llevar una de las mujeres cuya historia nos refirió, mi esposa después.

Durante el tiempo que Mrs. Gaines permaneció con nosotros tuvimos ocasiones de repetir muchas veces estos experimentos. La historia de varios de los objetos que le presentamos nos era desconocida. —Escarabajos egipcios, objetos japoneses antiguos, etc. desosos de oír las maravillosas descripciones de lo que ella veía.



Una hacienda histórica al norte de Pomasqui.—Ecuador

Por supuesto en dichos casos mal podíamos constatar la veracidad, como habíamos hecho en los casos anteriores.

¿Cómo podía hacer ella esto?..... No lo sé..... No podría ni siquiera vislumbrarlo. Deseo hacer notar, y de manera muy enfática, que estos "fenómenos psíquicos" no pertenecen a la clase de aquéllos que se les puede considerar como simples ilusiones, engaño personal o resultado de la imaginación. A mi manera de ver, estos fenómenos manifiestan la existencia de potencialidades en el organismo humano que apenas han principiado a desarrollarse. Yo no creo que exista una sola potencialidad, sea cual fuere la categoría a que pertenezca, que eventualmente logre desarrollarse. Nuestro universo progresa y se perfecciona y el desarrollo de nuevas potencialidades es fruto de nuestro trabajo.

Conozco entre mis amigos personales dos mujeres, las cuales poseen algunos de los poderes relatados, un tanto desarrollados. Una de ellas es esposa de un periodista que vive en una ciudad pequeña. Es muy inteligente y de sugestivo trato y lle-

va una vida muy activa. Dudo que haya más de seis personas que sepan que esta señora posea tan singular dote y las que lo saben han jurado no revelar el secreto. Esto se debe al miedo de que la tengan por "rara o misteriosa". Hace sus pruebas donde quiera, a la luz del día y sin pretensiones escénicas de ninguna clase. La he visto obrar muchísimas veces y tuve la suerte de asistir a una serie de experimentos presentados por la tarde y por la noche durante un mes. El método observado fue el siguiente: La señora a la cual la llamaremos Mrs. Exeter, se sentó en una silla y se hizo vender. El marido le asió de la muñeca por el espacio más o menos de diez segundos y parece que este tiempo fue suficiente para que pudiera ella deshacerse de su estado consciente normal. Creo que podríamos decir que entraba en "trance", estado de éxtasis, a pesar de que hablaba y se movía cuando era menester con tanta animación como en su estado normal consciente. Cuando al fin de un experimento su marido la sacudía de la muñeca parecía despertar de un sueño reparador. Aparentemente no

tenía conciencia del tiempo transcurrido, ni tampoco, de lo que había sucedido.

Antes de describir lo acontecido deseaba yo llamar la atención acerca de varios y muy interesante factores en la presente situación. Mrs. Exeter visitaba la ciudad donde nosotros nos encontrábamos. Los experimentos se hacían en casa de la familia a quien mi mujer y yo visitábamos y a donde Mr. y Mrs. Exeter tenían la costumbre de venir a almorzar. El grupo se componía del dueño de un periódico y su esposa, un exportador, un escritor y nosotros. Todos, personas muy difíciles de convencer, no emocionados por el asunto, sin preocupaciones teóricas, y que no lo llevaban a serio y antes bien no juzgando la cosa que valga la pena, con su jovialidad, risa y buen humor que son factores importantes formaban un buen ambiente para realizar esta clase de manifestaciones un tanto recelosas cuando son genuinas.

Otro punto importante era la ausencia de personas deseosas de descubrir alivio o consuelo para alguno de sus nuevos y recientes pesares. El cuarto tenía suficiente luz para poder observar de manera detallada el menor movimiento, estábamos sentados, pero podíamos a nuestro agrado movernos al rededor. En muy pocas ocasiones hicimos uso de la luz del día. La mayor parte del tiempo nos servimos de luz eléctrica, un foco de veinte voltios, descubrimos que obteníamos mejores resultados cuando el foco era de color lila. El motivo para ello nadie lo sabía. La cantidad de luz que se disminuía debido al color del foco era tan pequeña que apenas se podía apreciar la diferencia. La luz demasiada intensa o de distinto color parecía estorbar, las manifestaciones.

Naturalmente, me es imposible en el espacio de un corto artículo, enumerar en orden cronológico todo lo sucedido, o hacer una relación coordinada del curso de estos experimentos, me veré obligado a hacer lo propio que en los casos anteriores: escoger, varios hechos u observaciones, los menos susceptibles de error o ilusión. Por ejemplo: cuando Mrs. Exeter estaba en ese estado cataleptico, "trance", ponía sus manos delante en actitud de rezar y me pedía que tratara de bajarlas hasta que toquen su falda. Me fue imposible el conseguirlo a pesar de haberme servido como de último recurso de todo el peso de mi cuerpo. "Ahora, dijo Mrs. Exeter, examine Ud. mis músculos".

Continuando con una sola mano la presión en el mayor grado posible, palpé con la otra sus bíceps y espaldas y observé que se hallaban completamente flojos.

(Concluirá)

Stewart Edward White

NOTA. — Por muchos años Stewart Edward White ha sido considerado como uno de los novelistas más populares de América, así también como un asiduo colaborador de artículos e historietas para revistas. Además es un cazador y explorador notable. — Entre sus más de veinte libros encuéntrase: "The Westerners", "Claim Jumpers", "The Blazed Trail", and "The Jorty-Niners". Mr. White, nació hace cincuenta y cinco años en la ciudad de Grand Rapids Michigan, y actualmente vive en Burlingame, California. Hizo sus estudios en la Universidad de Michigan y en la Universidad de Columbia. Es miembro de la Sociedad Geográfica de Londres y del Instituto Nacional de Letras y Artes. Durante la guerra, sirvió como Sargento Mayor en el Regimiento 144 de Artillería.

AGENCIA de PUBLICACIONES

P. S. R. Fernández Serrano

Acepta la Agencia de diarios y revistas de cualquier índole. Además, se encarga de la venta de obras de autores nacionales.

DIRECCION: Calle Juan Montalvo.—Machala-Ecuador

RAYO DE LUNA

LA gentil soberana de la noche
Desde un cielo incrustado de luceros,
De polvos de platino hace un derroche
Plateando mis floridos limoneros.

Por mi persiana un rayo se abre paso,
Borda arabescos en la muelle alfombra,
De mi quimona besa el blanco raso
Y viola los misterios de la sombra.

Extiendo la mirada por la alcoba
Pleno de luz, y el ósculo de Diana
Traicionero, mi cusueño azul me roba....
Y me asomo intranquila a la ventana!....

Admiro el susurrar de los jardines
Y el grato aroma que su ambiente ofrece;
Embriágame el olor de los jazmines
Y el claror de la luna me adormece.

El diamantino y fúlgido rocío
Salpica rosas, dalias y claveles;
Y extasiada ante el cuadro me sonrío
Mientras Céfiro juega en los vergeles.

Confundida al rumor de la fontana
Percibo la sentida melodía
Que un ruiseñor en un rosal hilvana,
Triste narrando su melancolía.

Esos trinos, tal vez, traigan recuerdo
Al pájaro cantor de sus tristezas....
Me conmueve su voz y yo me pierdo
En dulces añoranzas de ternezas!....

Ya la luna se inclina hacia occidente,
Sopla el aire sutil de madrugada,
Y una raya blancuzca por oriente
Me anuncia que se acerca la alborada.

Aspiro con delicia el rico aroma
Que despide en mi alcoba una gardenia,
Y sorprendida por el sol que asoma,
Vuelo al lecho, besada por Selena.

Provi Riancho Escobales

Santurce (Puerto Rico) 1926

Cielos e Infiernos

E S posible que tengamos en nuestro planeta, una como semblanza o resumen de la vida en los otros mundos; así como se encuentra en el hombre uno como resumen de todos los seres terrestres. Somos un microcosmos, se dice desde los tiempos más remotos. Con el mismo criterio, o mejor, se puede llamarle microcosmos a nuestro planeta, el cual, necesariamente, fue creado a imagen y semejanza de un tipo más alto de mundos.

Por lo menos, hemos de admitir que donde quiera haya un astro en que los fluidos materiales, anímicos y lúminicos, estén combinados en forma aproximada a las proporciones que tienen aquí en Telus, la vida en aquel astro no será incomprensible para nosotros. Y si en esos mundos la vida asume formas harto diferentes de las nuestras, nunca será tanto que no guarden alguna relación con las de aquí abajo; puesto que el Cosmos, ya se dijo, es el desarrollo de la Unidad: que se manifiesta como variedad, pero que, *esencialmente*, sigue siendo Unidad.

Admitiremos, pues, que haya en algunos de esos mundos más altos, seres que se manifiesten o desvanezcan, a voluntad; semeñándose a nuestras nubes, que aparecen, desaparecen y reaparecen, se densifican o se rarifican, sin que su carácter esencial sea alterado.

Admitiremos que haya seres en aquellos astros, que por la sola eficacia de su pensamiento se comuniquen a distancias grandísimas; ya que una comunicación parecida se realiza aquí, sin aparatos casi, por medio de las ondas hertzianas; y sin aparato ninguno, aunque de manera involuntaria, en las comunicaciones telepáticas.

Admitiremos que haya seres que puedan pasar a través de otros, sin daño ninguno para éstos; puesto que aquí, una corriente eléctrica de intenso voltaje, atravieza nuestros organismos sin que la sintamos; y los rayos X transparentan nuestro cuerpo, sin que nos produzcan ni sensación ni daño.

La diversidad inagotable de los seres terrestres y acuáticos, tan varia en for-

mas, actitudes, tamaños y movimientos, hace fantasear sobre lo que serán la planta y el animal en aquellos astros semejantes al nuestro, pero en donde los elementos materiales se hallan sometidos a influencias mucho más poderosas y enérgicas de calor, electrización, pesantez, rotación, magnetismo y luz. Pensad, por ejemplo, que si se hace crecer el musgo de una piedra, fino y diminuto como la velloidad del terciopelo, a cuarenta mil veces su tamaño, aquella velloidad se convertirá en un bosque poblado de colosos. Los animalillos que aplastáis al andar, apenas visibles entre la hierba, suelen hallarse armados poderosamente; con solo darles el tamaño de un elefante, habríamos formado quién sabe qué monstruos espantosos, formidables y temibles como ninguno de los que ahora nos aterran. Por el contrario, si redujáramos en cien mil veces el tamaño de hipopótamos y rinocerontes, tendríamos insectos inofensivos, mínimos y graciosos. Transformaciones tan profundas se deberían, sin embargo, a un simple aumento en la masa de tales seres; es decir, en el más accidental e ineficiente de sus atributos. ¿Qué no sería, si tales diferencias se debieran a diversidades en la figura, en la intensidad, en la amplitud de los movimientos?

2^o— Una misma ley rige en el Universo el desenvolvimiento de las formas, y es *producir el mismo tipo con las variaciones originadas por la inercia, la aspiración y el ambiente*. Así, por ejemplo, un limón se irá transformando, según las diferenciaciones que alcance el limonero, en limón real, en lima, en naranja, en cidra, en toronjil, en plamplumosa. Diferenciaciones secundarias producirán variedades de la misma especie, a saber: naranja dulce, amarga, sin semilla, viñosa, mandarina, etc.

En el reino animal, veremos surgir de un mismo tipo el león, el puma, el tigre, el leopardo, el jaguar, la pantera, la onza, el gato y otros varios. Y de cada uno de éstos, variedades numerosas, pero que son siempre el mismo cuadrúpedo carnívoro, impulsivo, feroz, solitario, perezoso y noctívago.

Ocurre lo mismo con las piedras.

Pues bien, con sólo imaginar, de acuerdo con esa ley, una familia o especie de



CARRERA VENEZUELA.—Quito

astros de la cual la Tierra es una variedad, ya podemos imaginar, diversificadas maravillosamente, las formas de la vida en tales astros, y la constitución de las mismas.

La forma de los mundos, dependiente de las proporciones en que se hallen combinados los elementos que los constituyan, determinará la de los seres que en aquellos habiten. Pensad, por ejemplo, en un astro en que lo sólido sea *mínimo* en cantidad y densidad; todavía *menos* el agua, y, en cambio, el aire, *casi todo*: se adivina que en tal mundo la vida se mostrará, principalmente, en formas volátiles, y que volar será la manera natural y principal de locomoción, y la menos usual, la excepcional la más tarda, será un andar tan fácil y veloz, como es entre nosotros la carrera del avestruz. La golondrina será ahí considerada como un animal de vuelo torpe, y ningún movimiento dará idea de la lentitud con que aquí en nuestra Tierra se arrastran los cuadrúpedos lentos, ni del semivuelo de nuestras aves más pesadas.

Variad ahora, no ya la materia sino la energía, y suponed un astro superabundante en *electricidad*. ¿Qué sucederá en él? Que los seres, verdaderas centellas, se confundirán unos con otros, y que la im-

presión dominante de su vivir, será una como tempestuosa visión, un vaivén de relámpagos y de ráfagas.

En un astro en que la luz predomine, los seres parecerán transparentes, o cuando menos semidiáfanos.

Aumentando la densidad de un astro, o su fuerza magnética, o la masa de sus aguas, o su costra sólida, o su calor; o disminuyendo cualquiera de esos factores; o aumentando unos y atenuando otros; haciendo, en fin, con sus elementos materiales y energéticos lo mismo que un pintor hace con las notas de la escala lumínica, veríamos producirse hasta lo infinito mundos y más mundos, siempre nuevos y varios; dando origen cada uno de ellos a formas de vida siempre nuevas y varias, en una diversidad inagotable.

Apoyándonos en esta ley de *lo UNO que se hace diverso* (Universo); del ser, que se diferencia en reinos; del reino que se diferencia en órdenes; del orden, en géneros; del género, en especies; de la especie, en variedades; *mas, conservando siempre un carácter que permanece a través de todas las modificaciones*, podemos concebir, por encima de nosotros, una se-

ric amplísima de astros superiores, pero semejante al nuestro, en los cuales viven criaturas humanas o angélicas, que bien merecen el nombre de bienaventuradas.

En uno de aquellos astros, en vez de arrastrarse o de andar penosamente, los seres vuelan, o surcan la atmósfera sin necesidad de alas, por virtud de impulsos que les llevan a grandes distancias. En otros el lenguaje es música, y en vez de hablar se entienden cantando. En otros, el sentido y la facultad pictóricas se hallan tan infusos y difundidos, que la línea y el color, son el medio natural de expresarse, y entonces los pensamientos, en vez de articularse, se dibujan y colorizan. En aquellos en que la luz es el medio superdominante, como los seres son diáfanos, el lenguaje hablado es innecesario, pues los pensamientos y las emociones *se ven*.

No tan alto en la escala, habrá también una grande variedad de astros y de formas de vida, caracterizados por la preeminencia de un elemento secundario. Así, por ejemplo, en uno de esos globos parecidos al nuestro, la mayor parte de las rocas es mármol, en infinitas coloraciones y disposiciones, desde el polvo y la arena, hasta los bloques altos y espesos como un risco o un monte. Aquello hace efecto de un mundo de mármol, no sólo como visión, sino como firmeza, nitidez, esbeltez y sencillez en la estructura de todas las cosas y además, como influencia sólida, clara, macisa y descollante, en la manera de concebir y expresarse las ideas y los afectos.

A semejanza de tal mundo, los hay que son de oro, de plata, de zafiro... mundos de diamante, mundos de acero, mundos de amatista....

Abajo de nosotros, al otro lado de la escala, hay mundos de hielo, mundos de plomo, de carbón, y de asfalto; y otros donde la atmósfera es huracán perpetuo; y otros en que la luz solo se ve mínimamente. Son astros oscuros, no siquiera como nosotros —que reflejamos la luz en el vasto espejo de nuestros mares,— sino astros tenebrosos, donde sólo llegan débiles y fugaces destellos de una luz vacilante y como ya muerta.

Del lado celeste hay astros en que se mira a través de todos los cuerpos, y donde, a simple vista, las criaturas escudriñan el cielo hasta en sus profundidades más remotas; hay astros donde la atracción entre los afines es tan grande, que los seres pueden unirse como dos chispas eléctricas, para formar un rayo, y se confunden en

forma y en espíritu, para largo tiempo, o hasta que se extinguen.

Del lado de la sombra hay astros sin sonido.... callados siempre.... mudos.

Hay otros donde la gravedad es tanta, que las criaturas vivientes apenas si lo gran arrastrarse,—arrastrándose años—, a miserables distancias.

Falta el aire en otros, al grado que la respiración es una asfixia perenne.

En algunos la luz es tan escasa a medio día, como si fuera aquí la noche más oscura, y los vivientes no se reconocen sino, cada vez, con fatigoso empeño: sus ideas son una inextricable confusión; su memoria es tope y efímera, y todos se recelan de todos, porque nunca llegan a ver y a entender claramente, y así, cada uno vive temiendo que le dañen.

Mundos tristes y desolados son otros, donde el agua casi no existe, y todo es como desierto, manchado apenas de cactus y de espinas; donde no se atina si las plantas son piedras, o si las piedras serán plantas....

Otros son inmensos aguazales, donde un lodo de plomo forma extraños pantanos en que se debaten larvas enormes, y donde una incesante putrefacción de plantas y animales, sirve de pasto a gusanos voraces como buitres y desmesurados como serpientes....

Pero no son tanto las modalidades de la vida física las que hacen de aquellos astros verdaderos infiernos: físicamente, los habitantes *propios* de tales moradas se hallan, en cierta medida, adaptados a su medio nativo. Así como entre nosotros el vampiro vive normalmente en las sombras, la culebra entre la maleza, el escorpión en los escombros y la lombriz en los detritus, así en aquellos mundos, *sus* criaturas, nacidas en armonía con el ambiente, viven sin excesiva pena su vida caótica y semi sensible. Más que vivir, dormitan....

Pero si descendiera hasta allá un habitante de la Tierra, se encontraría en un tangible e indecible horror.... porque sus hábitos mentales y afectivos chocarían honda y ásperamente con las condiciones que ahí modelan el vivir. Desde luego, tendría que encarnarse en una forma del todo inferior a las más bajas conocidas aquí. Encerrado en semejante cárcel, oscura, estrecha, inmundicia, morbosa y de fealdad extrema, padecería un suplicio sin nombre, por el contraste de su vida pasada con la de ahora, y su pensamiento, mal adaptado siempre le precipitaría en toda clase de errores y desvarios. Odio, tedio, exasperación del ánimo, caída en esa trampa de tinieblas; agudo e inaplacable tor-

mento de recordar un mundo mejor... y ninguna esperanza de salir de aquella sepultura..... ¿qué palabras dirán lo que un alma caída de aquí arriba, habría de sufrir en semejante abismo?....

Con razón los hombres de todos los tiempos, queriendo euacerecer el espanto de aquellos lugares de expiación, han acumulado horrores sobre horrores para describirlos, y no hallando palabras que les satisficieran, acabaron por encerrar vagamente, en un vocablo duro y rechinante, todo lo que su imaginación sobrecogida entrevió del vivir en aquellos mundos espantosos.... Así se formó la palabra **Infierno**.

3^a—¿Hay, pues, infierno?

Sí, se encuentra en todas partes donde el hombre, violando ásperamente el orden, atrae sobre sus entrañas el duro, tenaz e insaciable pico de aquel buitre que se llama Dolor. Así, cuando la imaginación localiza el Infierno en un lugar donde se acumulan sufrimientos y horrores sempiternos, no añade a la realidad del dolor, sino el agravante de una duración indefinida.

Cada astro es, en cierta manera, mórada compleja donde se hallan ciclos e infernos; asimismo, en el alma de cada hombre y en su pensamiento, que es donde radican las realidades persistentes, hay cielos e infernos; de los cuales, aquellos otros materializados y localizados, no son sino trascendencia e imagen.

Mas, volviendo a la concreta cuestión de sí existen, y cómo se han formado aquellos Mundos de la Sombra donde todo es tristeza y mal, decimos que sí existen, y que su origen está *en los mismos pensamientos* de las criaturas.

Realidad material o mental, objetiva o meramente subjetiva, el dolor es *siempre dolor*. Cuando despertáis azorados, casi asfixiados, empapadas las sienes en un frío sudor, con el corazón golpeando locamente su cárcel, ansioso de escapar; nauseadá el alma por la visión aún palpitante de una pesadilla monstruosa; cuando sufrís así, en sueños, con sufrimiento tan hondo y lacerante que no halláis palabras que lo desahoguen, y ansiosos de expresarlo, decís únicamente un triste, lamentable y sofocado; Oh, Dios mío! cuando vueltos, en fin, del sueño angustiador, veis que *no era verdad*, que el monstruo que os estaba devorando vivos, o que la Barrera de fuego que se iba cerrando en torno vuestro, o que la serpiente que acercaba lentamente a vuestro cuello su lengua tremulante, cuando, por fin, os viene la certeza de que *eso no era realidad*, ¿habéis sufrido menos, por ventura? ¿No fue-

ron la angustia, la desesperación, el terror, el horror, tan sentidos, pavorosos y horrores, como si fueran reales? ¿No sentís una alegría honda, al ver, que aquello terminó, que volvéis a la vida normal?

El dolor, en último análisis, es, meramente, una subjetividad, una ilusión, una cosa que viene y pasa, *que no advertiríamos, si no pudiéramos asirse a nuestra mente*. Y es ahí, en nuestra mente, en el mundo creado y renovado por nuestros pensamientos, donde se forman los estados de sufrimiento que llamamos infernos.

¿No podríamos imaginar, que la masa de vibraciones agrias y desconcertantes, emitidas por nosotros mismos cuando pensamos, sentimos o hacemos cosas negras y bastardas, cosas ruines y malvadas, van, corriendo sobre el fluido mental y etérico, a juntarse y acumularse en algún rincón del espacio, y ahí se espesan y concretan, originando medios vitales de la más repugnante, viciada y pestilente y tormentosa vida; verdaderos mundos creados por nosotros mismos, que luego vamos a buscar, ya muertos, *atraídos por el magnetismo de nuestra propia creación*?....

A veces, viniendo de alta mar, de las zonas profundas del Pacifico, donde las hondas aguas transparentes y azules, parecían más hondas y más puras que el mismo firmamento; viniendo de aquella región donde todo lo vimos límpido y como acrisolado por el aire y la luz, nos sorprendimos, al llegar cerca de la playa, de ver, por ahí, en una ensenada, una viscosidad indecible, golpeando perezosamente la orilla con un amasamiento de basura, de grasas y de tronchos, de hollín y deyecciones, de excrecencias y detritus indescriptibles, que manchau y envilecen la blanca espuma de las olas.

De dónde salió esa concreción de inmunidias? ¿De dónde vino ese yacimiento de pegajosidad y hediondez? De ahí dentro, del barco en que veníais surcando el Azul; de vosotros, y de millares de viajeros que arrojaron sobre sus ondas de violeta y zafiro, toda clase de impuras y nauseabundas heces.... Cayeron sobre el seno límpido de las ondas, y éstas, vibrando, las alejaron de sí, las fueron rechazando poco a poco, en dirección a la tierra que las creó y modeló, hasta que todas quedaron ahí junto a la orilla, acumuladas, hacinadas y malditas, infestando la tierra de donde antes partieron... ¿Quién sabe si mañana, cuando al término de vuestro viaje vengáis a desembarcar por ahí cerca, no os inficione

Five O'clock

Bar. Girls y chicos bien. Gente moderna que mientras baila charleston y bebe gin o vino habla de las leyendas de amor de Valentino o de las GRGURRIAS de Gómez de la Serna.

El flirt —el gran artista que divierte y alegra, que preludia amoríos e idealiza actitudes— es un galán que gasta sensuales pulcritudes para bailar el té con la música negra.

Los lindos cuerpos ágiles de las lindas mujeres cimbrean languideces de voluptuosidades y los ojos se buscan para decirse amor . . .

Hace un silencio el jazz. Conversa los placeres de antaño un señor grave. Y las curiosidades de su vida una chica que anduvo por New York.

Apunte Nocturno

Noche.

Un patio castellano
fragante a madreselvas donde juega la ronda
de la chiquillería.

Una
florida
ventana de Sevilla
donde la última novia sentimental revive
a Shakespeare.

La luna
en la calleja estrecha
esculpe las figuras
de una beata, un mendigo y un perro trashumante,
como en la alucinada
pesadilla de un cuento
de reinas y de brujas.

Antonio Montalvo

Quito, 1927

el hábito de aquel sedimento de vuestra propia vida?.....

Así, tal vez, se forman esas moradas oscuras del Infierno, sedimento de nuestras vidas que el Ether confina y reconcentra, para que un día, *cuando llegue la hora, tengamos adonde ir*; donde hallemos un ambiente que se acuerde y armonice con nuestro espíritu, encostrado de maldad y error. Pues, aunque apenas se vislumbre,

aunque no logremos comprenderlo, *un mecanismo que no falla ni se entorpece nunca*, nos llevará ahí donde recojamos el fruto de nuestra labor; donde cortemos la flor que nació de nuestro pensamiento y fue abonada con los anhelos de nuestro corazón.

Alberto Masferrer

San Salvador, C. A.

ALAMEDA

De "Anforas de Opio".
Envío al Poeta amigo Don
Guillermo Bustamante

El retiro pone inyecciones de frescura
en los nervios debilitados
y cubre el espíritu bohemio
con una ligera capa de reposo.

La brisa, ciega, se rasga y se desfleca
en los brazos retorcidos
de los árboles,
que tienen sus ramas encendidas
de segnidillas antiguas
que recitan los canarios arcaicos.

Ambulan viejos verdes
con su peculiar figura desteñida
de bastones coloniales
persiguiendo en las hojas caídas
memorias del 95, que saltan
como peces asustados.

1 fotógrafo ... 2... 3
se ponen capirotes negros
para asaltar las personas.

Los recodos son carteras viejas
de galanes olvidados.

Y el ataúd que divide la laguna
parece naufragado.
Dentro del agua todo
se boga como difuntos
debajo de la ciudad!

Telmo N. Vaca

Guayaquil, 1927

CUENTOS REGIONALES

LA MANO DE DIOS!



O, no era un abstemio; menos aun un dipsómano. Ni siquiera un *diletante*, si ya no nos fuera dado rebajar así, ni aun a título de simple asociación de ideas, a esta amable y respetable persona. Mozalbete alegre y apicarado, estudiantillo fracasado y nocherniego de profesión, ello es que podríamos incluirle en ese grupo social o anti-social que no acertamos a punto fijo a adjetivarlo: constituyente elementos de diversa significación y valer, la morralla en primer término; muchos de ellos adinerados, no por sí mismos, más antes por el tronco de que descienden, pero la mayor parte también pobres como una rata, limpios como una patena, no sea sino por ese mismo concepto *irresponsable*; linajudos y plebeyos, dotados de buenas prendas intelectuales, unos; vivaces y aptos no más que para los afectados y frívolos papeles de la "refinada sociedad"; otros; tontaines de capirote y marca mayor, los más.... En fin, personalitas sin individualidad propia, que no se han hecho todavía su "yo", tanto más su posición o porvenir, y maldita la gracia si ello les importa; parásitos de sus padres, murciélagos de las tabernas, zánganos de la colmena social, cuya única ocupación es disipar la vida y arrastrarla a picos pardos, así así, al buen tón tón, en el ocio, la crápula y el divertimento....

¿La bohemia? — Qué más se quisieran que a ella les asimilásemos.—¿El proletariado de levita?—No sabríamos decirlo. Y nos basta insinuar, porque de ello si no nos cabe ni medio jerónimo de duda, que son en nuestros tristes y atrasados villorrios, una amenaza y una afrenta.—Vayan a saberlo ustedes por qué.

En Felipillo se hallaban reumidas muchas de las buenas y malas cualidades de la *jorja*. Lector desafortado de insubstantialidades y fruslerías, acomodando—en la medida en que podía hacerlo un pelafustán de la laya— su desechabetao magín a esa literatura de pacotilla, había co-

menzado a medrar hasta a la sombra del periodismo o diríase mejor, del prestigio y la labor honrada de sus cultores humildes. Y de ello se producía un más fuerte contrapeso: el "distinguido intelectual", el "inteligente periodista" (pseudónimo sería en todo caso) se iba volviendo jactancioso, ch!, temerariamente agresivo e irreverente, amanerado y rastacuero.... (Recordad aquel poema de dolor y de miseria en que el selecto y sutil espíritu de Roberto Payró narra cómo la explotación infame del esfuerzo y la obra del artista desinteresado e ingenuo, por la bazofia de las letras, por la canalla traficante tras un inmerecido nombre y ascendiente aun en otras esferas de la actividad, significa, cuando ya éstas han acabado de arrancarle a tórulgas el cerebro, cuando ya el pobre artista hállase exhausto, enfermo y caído, el inmorral, el altanero y clamoroso *Triunfo de los Otros!*)

Y todo esto maceraba más y más, como ella decía, la carne anciana de los sufrimientos de doña Encarnación, ya en su senectud destinada a velar por el *Joco*, como también solía decir, el último vástago que Dios le había mandado, como para que apartase un tanto su incurable propensión y constantes preocupaciones de ese fanatismo exacerbado y esa chismografía, esa maledicencia callejera que a despecho de todo lo demás, las iban ganando. Que el Buen Padre sabe ser justo más todavía que el símbolo de la justicia humana, al que —forzándose— la candidez del vecindario hacía exclamar: la justicia desde casa. Pues por algo la tal doña Encarnación había de ser lo que era: una señora de rompe y rasga o de pelo en pecho, neurótica y atrabiliaria, capaz de poner una pica en Mandas por un quitame allá esas pajas y echarle una andanada de improperios y cerriles denuestos al mismísimo lucero del alba, si llegaba a la más leve epidermis de su consuetudinaria parvedad y enojo por todo y contra todos, o abogaba por la paz doméstica, contra la que ella misma obstinadamente vivía conspirando.

Tal, pues, para cual, de tal palo tal astilla y allá se las habían y completaban ellos —la madre y la condigna exerecencia o mortificante protuberancia de sus costillas— constituyendo la pesadilla y la piedra de escándalo en el modesto hogar de don Bonifacio, admirable espécimen de "barro antiguo" y de una bonhomía, una pobreza de espíritu ídem; bueno como el pan, resignado y sufrido; que nadie hablaría por dónde cogerle, ni merced a la complicidad de unas tenazas...

Lo que sí venía a representar el reverso de la medalla, era la parte complementaria de la familia, o digamos más bien el pedernal que daba chispas al menor roce con el aguijón, que no hay que decir lo sustituían a las mil maravillas las intemperancias y los regañadientes del ama de casa por una parte, y las extravagancias, gatuperios y exaltaciones alcohólicas del mozo por otra.

Un sí es no es pasadero y tolerable en su natural desarreglado, levantisco y todo, cuando estaba él bajo la sugestión de los falaces beleños y los abrumadores nequentes, entonces sí era la tempestad que se desataba sobre la casona vetusta y señorial, algo como el desencadenamiento de los elementos todos conjurados contra ella.

Y como que se regodeaba, se expandía y extasiaba su espíritu, y se frotaba, para sí, las manos, de indecible regocijo, cuando, tras de cada juega tempestuosa, brillaban a sus ojos, con fulgores de triunfo, las calaveradas, los sustos, las proezas y los *chivos* gordos y siempre injustificados que nunca dejaban de constituir las y caracterizarlas todas.

El candor familiar que entraba por mucha parte en el capítulo de las responsabilidades. No siquiera para cohesitar, menos para reprimir tantas trastadas y desaguizados, pero su manera de afrontarlas resultaba buena más bien para infundir en su autor mayores bríos, comunicarle más eficaces estímulos y abrirle más ancho campo para la prosecución de su obra. Que ella, merced a tan propicias circunstancias y preciosos incentivos, iba llegando a sus excesos, al paroxismo, no hay para qué decirlo.

De meros productos de una locacidad desbordante y desenfrenada, de extravíos de una exaltación pueril enfocada en el peor sentido destructivo e irrespetuoso, de prodromos de una neurosis rayana en substancial y definitiva, iban poco a poco sus afectaciones y soflamas de un gusto peor y más detestable todavía, tomando el

cariz de acciones simiescas, de una enajenación mental verdadera, hechos reales y efectivos de un furor diabólico y una consumada y honda y fatal transformación psíquica...

Cierto día, a raíz de una de las posturas escapatorias de la casa paterna, Felipillo había llegado así, de inusitada manera, aun dentro del marco desteñido por la costumbre, a alarmarla y trastornarla estrepitosamente: no cabía duda, estaba ahora sí loco, loco de remate, loco de atar...

Doña Encarnación que era, de cierto, la que con sus mimos y solicitudes, con sus excesos de mimopación y con vivir haciéndose el eco de las diabluras de su "Hullo" y dándole la importancia y formalidad de que carecían, más contribuía a fomentarlas, — opinó porque era llegado el caso de recurrir después de Dios, dijo, santiguándose con mano ostensiblemente derrochadora y liberal, y esparciendo hisopadas de agua bendita por el aposento y sobre el presunto alienado, a los supremos auxilios de la Medicina.

Consultada ésta en la persona de un veteado galeno del vecindario —discípulo auténtico y genuino había de ser él sí de Hipócrates, más que por la frase manida o la vulgar sínecdoque, por el tiempo que había llovido sobre sus *despojos* y el saborcillo arcaico y anticuado de sus "conocimientos"— el diagnóstico vino a ser una confirmación o un tremendo remache del consabido clavo: Felipillo — diminutivo cariñoso, apócope alibarrado de doña Encarnación, aunque revelador de contrarios sentimientos y apreciaciones en boca de los demás — era presa ¡qué horror! nada menos que de las garras afiladas y puntiguadas del *Delirium tremens!*

La víctima estiró la pata, cuán larga era... o lo que es lo mismo, fue la única que recibió con serenidad imperturbable y antes bien como para refecilizarse en sus adentros, la noticia fatal: los demás súbitos y desconcertados entreveían ya las funestas consecuencias, la irremediable desgracia que se cernía lóbregamente sobre la casa.

Y ahora lo importante, lo más grave no era cohibirle para que no hiciera cuanto le pluguiese ni siquiera dándonos cantaleta, ante la dificultad de poner en planta, todo a un tiempo y con un esfuerzo de actividad admirable, como solían cuantas se habían constituido de su bella gracia en *nurses* o Hermanas de la Caridad del enfermo, las prescripciones del facultativo y las gratuitas admoniciones y rícepes de

curanderos y viejas experimentadas del barrio.

Como pudieron administraron, pues, al paciente, atrabancadas, *la mano de Dios*—no siempre había de ser tan sólo la de santo— según conceptuaba cada una de ellas al apósito, tisana o medicamento de su propia farmacopea o cañete o de su interesada recomendación, mientras en el organismo plétórico de sanidad y robustez de Felipillo seguía desenvolviéndose el proceso del alcohol ingerido, declinaba ya él y lo sometía suavemente al sueño de la mona fenomenal que durmió hasta bien avanzado el día siguiente, levantándose el muy tunante como si tal cosa de la estupenda zanguanga, que no, a duras penas del lecho de la muerte, como pensara la alentadora adulación o las amplias tragaderas de la autora de sus días.

Lo que tenía para contar entonces a cuantos quisieran oírle, regocijándose de haber salvado de tan grave atrenzo, la buena señora! Y lo que a la postre se comenzó a comentar y a atisbar por, entre la eumarafiada vegetación que encubre el grano de la realidad, en los círculos relacionados, en las casas amigas y conocidas y aun entre buena parte de la misma parentela del resucitado! El propio D. Bonifacio, en su credulidad de niño inocente y retrasado, comenzaba a olfatear incrédulo, inclinándose a la feliz y humorística iniciativa de Zacarías, el hijo mayor y de los demás compañeros bromistas, que se prometían descubrir los resortes y los hilos de tan extraña simulación o más bien acabar de una vez con ella, que es decir con las tremendas *pasadas*, los tórcerarios arrojos y farolerías, las estudiadas bazas del farfullas, mayormente cuando estaba alumbrado con todas las chispas habidas y por haber en la mollera. Sólo que no se cansaba de recomendar que lo que se tramase y llevase a cabo, por los ociosos detectives, no expusiese en lo mínimo la persona del pretense culpable y que ello no pasase de una broma inocua, aunque no como las con que él mismo se había acostumbrado a hacer conculgar, cual con otras ruedas de molino, a todo el mundo.

No había, pues, más que acecharlo todo y el resto, por buena o por mala fortuna, no se hizo esperar. Un estrépito del siglo en la puerta de calle anunció ya que, pues otra farra habíamos tenido, nuestro héroe aproximábase triunfante cual una multitud descenfrenada en el vértigo de la acción.

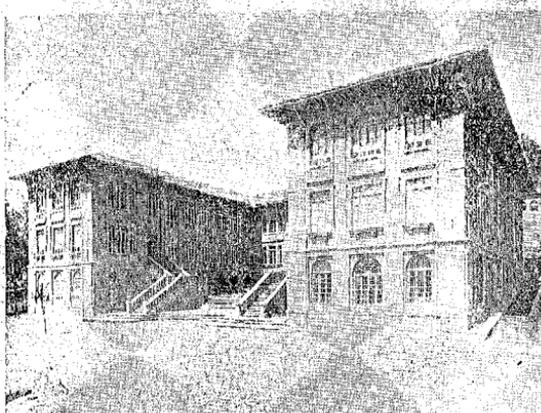
Venía como siempre, bullicioso y tremante, medio tambaleándose, Dios sabe

con qué nuevo proyecto, qué plan preconcibido, qué otra luminosa tramoya con que alborotar el cotarro, sacar de sus quicios a las mujeres —porque, eso sí, la "de confianza" y la gente menuda del hogar había de ser su víctima propiciatoria y nunca para *extenderse* ante la gravedad del varón o el pueril rubor que le causaban los extraños— y acentuando la convicción de que él sí era de veras *todo un hombre*, recluirse al fin y a la cansada a dormir sobre sus laureles.

Y fue que se dirigía bonitamente, a su manera, al desarrollo del sugestivo programa que tenía sin duda en mientes, cuando de entre la tenebrosa penumbra de un pasillo se le ofreció de pronto un simulacro horrible, una visión abracadabrante, capaz de infundir pánico y horror en el pecho más esforzado y poner en fuga a la mismísima legión de aparecidos y ánimas en pena.

Un gigantón descomunal, tal que para que pudiera parangonarse con su talla la normal de la persona humana, sería preciso recurrir a alguna estratagema ingeniosa, como la de prolongar sus apéndices locomotivos con uno o dos metros de fuerte tronco, a modo de zancos; rodeado de una nube de hiliputienses que, por el contrario, de ser en realidad hombres, sólo podría imaginárselos andando en cucullias, casi a gatas, avanzaban vagorosos hacia el infeliz mortal sus tentáculos luciferinos, que eran como garfios aguzados y retorcidos de unos cuerpos extraños, de unos fantasmas de aquelarre. Vestía esa especie de hombre-montaña o *cuco de olla* una túnica por todo extremo negra, pavorosa, fúnebre, que ceñía estrechamente un cuerpo enjuto y cadavérico desde la barbilla, dejando apenas descubierto el cráneo que semejaba una olla de barro agujereada y tomada de hollín, hasta el calcañar o las perfectas pezuñas de un animal carnívoro, y por las cuencas vacías relampagueaba titilante una luz espesa y cavernosa, amarillenta y moribunda.... En tanto que los cuerpos regordetes de los hiliputienses, que todo lo que habían perdido en longitud lo habían ganado en latitud, no estaban forrados con menos arte o inventiva fantasmagórica, para que se nos antojara aplicársela a la limitada y menguada del hombre, ni aun en sus más altos vuelos y sublimes inspiraciones.

Era la hora escalofriante de los trasgos y los endriagos; de la cabalgata de brujas en palos de escobas y el furor dantesco de clérigos y frailes decapitados, de todos los que tan a menudo relatará la abuela es-



Edificio del Instituto Normal "Juan Montalvo"
Quito—Ecuador

pantables aparecimientos y sucedidos de la tradición del hogar. El canto agorero del gallo, las misteriosas voces del silencio, ese *no sé qué* con que nos ahuyentan de ciertos lugares solitarios las sombras de la noche, helándonos la sangre en las venas, completaban, en sus menores aspectos, el decorado de la escena.

Un humo denso, negruzco como de cirios, como de azufre o una informe mezcla de deshechos nausabundos, que enrarecía el aire y lo henchía y absorbía todo en sus volutas gigantescas, y sus fuertes, sus pungentes emanaciones, acusaban una prolijidad maligna, un ensañado y premeditado lujo de detalles.

Percibirlo, divisarlo todo nuestro desalmado juerguista y con sofocantes, entrecortados: ¡Ave María Purísima! ¡Jesús, José y María! ¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, libranos de todo mal!! ...dispararse como un cohete e ir a caer de bruces, a trastadas y trompicones, por la primera puerta que no le opusiera resistencia, fuera de sí, echando espesos espumarájos por la boca, fue obra de un santiamén. El lienobio estaba medio muerto; trasudaba frío; su color una cera, el pulso acelerado, el habla perdida....

En el refugio que su mala estrella le

ofrecía, inesperada la acogida que con prolongados y estentórcos ¡Mmeeeeé! ¡Mmeeeeé!... se le dispensaba. Ahí en donde ni el mismo *Poverello* de Asís se habría, a buen seguro, acordado de los humildes y dulcísimos "hermanos carneros", antes bien de proveerse de una formidable tranca con que acudir a su personal defensa, hubo, sin embargo, de pasar la noche entera. ¡El siglo de inenarrable angustia y de tormento que fue ella para Felipillo, la que si no le dió derecho a que se le otorgara la palma del martirio o se le proclamara el más consumado maestro en un novísimo género de la Tauromaquia, si le valió el recibir de este difícil arte un curso de lo más completo y gratuito, *gracias* a las exigencias de los aludidos ovinos que no se dieron un momento de reposo por zafarse de sus trincas y gamarras así que echaron de ver a su huésped en la estacada!

Lo más recio de la refríega sería, por el rumor infernal que repercutía afuera, cuando a la madrugada se hizo preciso forzar la entrada del pajar, donde se cerraba las noches a un par de hermosos y bien cebados mochos merinos, los cuales tan pronto como su contrincante hubo tras sí dado con la puerta en las narices de sus perseguidores y cerrádola a piedra y lo-

do, sin atreverse ni siquiera a alargar el rabillo del ojo por sus rendijas y volvía a caer víctima de uno como ataque de nervios, arremetióronle tan lindamente y con tan buena gana, que de ello estaban elocuentemente dando cuenta los innumerables trofeos que ostentaba en todo el molido y aporreado cuerpo, el improvisado diestro.

Pero ya se declaraba éste definitivamente vencido cuando cedió al fin la puerta, sorprendiéndosele entonces en la actitud más solemnemente risible y pesada, con el peso abrumador del más grande "ridículo" que imaginarse pudiera. Acababa con un desesperado y sobrehumano esguince de sustraerse por casualidad a la centésima cornada y se preparaba ya a una nueva suerte de capa, que la había suplido con su americana, a truce de quedarse en mangas de camisa, envuelto todo él en nubes de paja y polvo, jadeante, reculando recelosamente en medio del cuarto para no perder de vista a ninguno de los famosos moruecos que le requerían y acosaban, dando enormes corcovos y piruetas y cantando la más ruidi y extravagante victoria: ¡Mmceéé!... ¡Mmceéé!....

Doña Encarnación no acertaba a explicarse de fijo el caso y en poco estuvo que no cayese también en un soponcio mortal, encontrando en semejante estado al hijo de sus entrañas, el cual, por otra parte, como que no indicaba siquiera haber hecho excesivas libaciones la víspera ni entrado en la casa con más arrestos y baladronadas que nunca.

Corrido y desconcertado Felipillo, ni aun ese día pudo a su cuarto recogerse, aceptando tácitamente la posada de doña Encarnación en un antediluviano diván del

suyo y pasando por las horcas caudinas de sinapismos, enemas e infusiones de toda especie de hierbas aromáticas, con que la caritativa y crédula señora pretendía otra vez librarle de las garras voraces de la Intrusa.

Pero no sabemos si estas eficaces pícmas o revulsivos, el irónico ¡Mmceéé! de marras que bastaba evocar en alguna tímida tentativa de regresión o el leitmotiv del buen humor cascabeleante que allá lejos, en el último traspatio de la casa, fue hasta en las prolongaciones de la infausta escena, a soltar exageradamente el trapo en las amplias cavidades bucales de Zacarías y sus maleantes cómplices, salvaron a Felipillo, desalojando el diablo que tenía en el cuerpo y le convirtieron para siempre según pudo evidenciarlo en mil casos, en todo el resto de su vida, con gran admiración de cuantos le conocían— en el mejor, el más prudente, el más precavido de los que suelen empericarse *con juicio*. El remedio había sido infalible: la mano de Dios!

Julio P. Mera

Ambato—1927

NOTA.— De Doña Emilia Pardo Bazán se me acuerda haber leído, mucho tiempo ha, un cuento con parecido epígrafe, en su significado, al que pongo yo al mío. Sospecho, pues, que por ello o quizá por reminiscencia en alguna disposición del plan pudiera éste coincidir con aquel, cuyo argumento, por otra parte, he olvidado. En todo caso, es hasta histórico y vivido por mí el que me ha inspirado estas líneas.

J. P. M.

SE COMPRA

el Tomo Primero de HISTORIAS EXTRAORDINARIAS, por
Edgard Allan Poe.—Edición de la Casa Mateu.

DIRIJASE A LA DIRECCION DE ESTA REVISTA
APARTADO Núm. 75

EL ALMA DE OFELIA

1

C

UANDO estreché su mano amarillenta y descarnada, pasó por mi cuerpo un fugaz estremecimiento. Su diestra, noblemente ofrecida a la mía, figuróscme el hilo conductor de una corriente extraña. Sus pupilas eran como dos agujas de fuego que penetraban hasta lo más recóndito produciendo un enajenamiento voluptuoso. Su cuerpo enjuto hasta la exageración, descansaba en una mecedora y un almohadón de hebras de la China. En sus ojos glaucos y fosforescentes se había concentrado, intensamente, una vida de febriles entusiasmos, de fracasos insólitos y, sobre todo, la hórrida tormenta de un dolor inaudito.

¿Quién era este ser extraordinario en cuyo rostro afeitado había dejado el tiempo ligeras arrugas y un leve tinte violáceo? Como el hombre comprendiera mi desesperación, hablóme con acentos armoniosos que me sorprendieron: yo esperaba, en verdad, oír una voz tenue, indecisa de esa osamenta abrigada milagrosamente con la púrpura de la vida:

—¿No me reconoce usted? ¡Imposible!... Soy un amigo de su infancia. ¿Recuerda al *melancólico Joseph Durand*?

Fácil es comprender cuál sería mi sorpresa y mi alegría al encontrarme, después de muchos años, con un amigo muy querido en mi niñez. Instantáneamente exclamé, estrechando con fuerza sus dos manos que me dieron la impresión de un haz de huesos:

—¡Oh! ¡José, José!

Y lejos de toda desconfianza y sentándome junto a él, en una silla que me ofreciera, entablamos un caluroso coloquio. Pregunté de sus viajes por su patria —era francés—, por el resto de Europa, por el Asia y América. Intenté interrogar el misterio que guardaba su vida, la incógnita de sus peregrinaciones frecuentes por el Asia, donde había derrochado su cuantiosa fortuna, pero un vago temór me contuvo.

Al preguntarle por la ciudad que más le había llamado su atención, escuché dos palabras que me dejaron atónito:

—Ninguna, ninguna....

Y al medir mi sorpresa:

—¡No, no!... Todas son hermosas.

Estas frases absurdas aumentaron mi sorpresa. Y una duda cruel hirióme profundamente. ¿Qué podía yo pensar de un hombre que ante una pregunta sencilla y vulgar palidciera y se turbara? ¿Estaba loco el buen amigo de la infancia? ¿Qué filtro maldito le dió a beber la India embrujada?

Después de un largo silencio, Durand llevó su vista a un ramo de rosas blancas que adornaban un búcaro de plata, en el que se arrimaba la áurea moldura de un retrato de una mujer muy joven y de rara belleza.

El silencio era alarmante. El permanecía con la mirada en el retrato y yo observaba, intranquilo, la desesperación y la alegría que se pintaban en su semblante pálido.

Mi sorpresa iba en aumento. Durand fijaba sus ojos con tanta insistencia en el retrato, que noté ciertas llamas fugitivas en sus pupilas encendidas. Y grande fue mi estupor al ver en su semblante un gesto de terror, de goce, o de algo que no acierto a definir, y oírle exclamar:

—¡Ofelia! ¡Ofelia!....

Y como si un espíritu se acercara hacia él, extendió, tembloroso, sus manos suplicantes, y continuó:

—¡Ofelia!... Permíteme ya que me acerque a ti y deje el resto de mi alma atormentada en tus labios de luz. ¿Qué has hecho de mi alma que un día, en un beso jamás sentido por otro hombre, se filtró en el ánfora de tu corazón? ¡Ofelia, Ofelia!...

Un calorío invadió mi cuerpo. Tuve miedo. Intenté levantarme, pero me faltaron fuerzas. Parecíame que una mano férrea me sostuviera al asiento.

José temblaba como un epiléptico. Su frente se bañó de sudor. Sus labios despedían palabras insospechadas. Cubrióse el rostro con las manos, después de la tor-

menta inaudita, y quedóse inmóvil en su asiento.

Al sentirme que dejaba mi silla, incorporóse ligeramente y suplicóme:

—No me abandone, amigo mío. Por favor, síentese!

Y después de una pausa:

—¿Vió usted el alma de Ofelia?

¿Qué podía contestar? Entonces continuó:

—¿Verdad que no ha visto nada usted?

—No lo entiendo, José!

—¡Dios mío, nadie la ve! Me perseguirá invisible hasta el fin del mundo?

—¡Pobre amigo mío! ¿Qué tiene usted? Está obsesionado, enfermo?...

—Loco querrá decir, verdad? Confieso a usted, amigo, ingenuamente, que no me aflige ninguna pena corporal. Al contrario, soy el hombre más cuerdo y sano que mora en la tierra. Y algo más: soy un ser excepcional. La ciencia no ha podido aún analizar, el don maravilloso que poseo. ¿Ignoraba usted qué yo había rasgado el velo denso y penoso que llevan los demás mortales en sus pupilas? La potencia de mis ojos puede obrar de tal manera, que puedo hacer ver a cualquier persona su propia alma? ¿Lo desea usted?

Estremecióme esta rara propuesta. Entonces, ya no pensé en el loco sino en el hombre extraordinario. Esquivé, temeroso, sus pupilas prodigiosas que atraían inevitablemente. Cerré por un momento los ojos y comprendí que la mitad del hombre había quedado en mi interior como una llama hipnotizante.

—No tema nada de mí, amigo —murmuró para tranquilizarme—. Soy un hombre inofensivo... ¿Qué soy un ser peligroso? Eso es una calumnia de la ignorancia. ¿Qué soy un ente estrambótico? Esto es una verdad, y una verdad tan noble que no tiene culpa. Un dolor incomparable y un caso extraño me han transformado en un hombre distinto de los demás. La India me ha otorgado un bien, una virtud que es mi desgracia y mi felicidad. He gozado tanto con el don que poseo—quiero decir que he sufrido mucho, porque la felicidad es un dolor exquisito—, si, he penado tanto, que mis días están ya a su término. Una voz me anuncia que mañana o pasado, mi alma estará junto al alma inmortal de Ofelia....

Con tanta emoción fueron pronunciadas las últimas palabras, que sus labios quedaron como pétalos agitados por el viento. Parecía que en ellos se apagaban un mundo de frases anhelantes.

—Usted es tan bondadoso, amigo, que

me disculpará el haberle llamado con alguna precipitación. Necesitaba un amigo noble para depositarle un secreto que me pesaría en la eternidad.

—No debe temer nada, José. Usted está bien.

—¿Crée usted? Mis dolencias han sido tan largas, que mi muerte es ya inevitable.

—¡Imposible!

Una sonrisa de resignación fue su respuesta.

—¿Puedo alcanzar de usted un favor?

—Haré cuanto pueda, José. Ordene usted.

—Mil gracia. Su bondad despierta en mí, confianza y gratitud inmensas.

Y enseñándome una maleta grande de viaje que estaba sobre una silla:

—En esa maleta guardo algunas cosas de valor familiar. Usted se servirá remitirla a mi tío que vive actualmente en Niza. La dirección indica esta tarjeta.

Y entregándome, luego, una llavecita que estaba sobre la mesa:

—Esta es la llave.

Cuando la tarjeta y la llave estaban en mi bolsillo, creí que había guardado cosas de ultratumba. Cuántos pensamientos fúnebres pasaron por mi mente, como el relámpago, dejándome emudecido. Figurábame asistir a la desaparición de un ser tenebroso que, no obstante de dejar lejos seres muy amados, se hundía, una noche sin estrellas, en un abismo aterrante, en un abismo abierto sólo para él. Sus últimas palabras me parecieron gritos de angustia y de dolor. Pero en sus ojos había una alegría, un júbilo supremo. Quién sabe que visión halagadora se anunciaba como un albor apoteótico en la noche infinita de su alma.

Como si despertara de un sueño dulcísimo, miró por los visillos de la ventana al Sol mejestunoso que descendía al Ocaso en un piélagos de encendidas nubes. Y volviendo el rostro hacia mí, rompió el silencio.

—Mi alma está igual al Sol de estos claros horizontes. Y qué coincidencia: Mi alma desciende también en un mar de horizontes rojos, empañados con la sangre de mis penas.

—José, olvide ya esos pensamientos....

—La clepsidra del tiempo ha señalado ya mis últimas horas. Siento en mi mundo interno que mi alma está ensayando sus alas para el vuelo hacia lo Ignoto. Mañana esta arcilla no me servirá de nada... Ahora, escuche el caso extraño de mi vida, que me ha hecho el hombre más

feliz y desgraciado de la tierra. ¿Puedo comenzar?

Al asentir con una inclinación de cabeza, sonríome en señal de agradecimiento. Meditó un rato con los ojos ocultos en sus párpados azulosos, y comenzó lentamente:

—¿Qué es la vida? Esta es la interrogación que dibujo de vez en vez en la página azul del firmamento para tener por respuesta el hielo cruel del silencio. Sin embargo, no han faltado autores que la definen a su modo. Lord Byron, por ejemplo, dice que la vida es como un péndulo que está entre una sonrisa y una lágrima. Un error del gran poeta. Yo diría que la vida es un piélagos de aguas doradas y bravías donde la humanidad brega por no perecer ahogada. Y continuaré: La vida es un grito angustioso que se levanta de un mar, en tempestad al cielo indiferente como una débil nota para apagarse en los laberintos de la inmensidad. La vida nace, crece y termina en el dolor supremo, que es la muerte, para resucitar triunfante en la felicidad, en la felicidad que está lejos de la tierra. Lo que llamamos alegría, ventura, no son sino ficciones absurdas de mentes obsecadas. Los hombres que ardean felicidad, son barro inconscientes y enfermos de obsesión. La obsesión o la felicidad es un mal de la ignorancia. La dicha no es tributo de la tierra, amigo mío.... Pero si queremos definir ampliamente el sentido de la vida, terminaremos así: La vida tiene dos aspectos: vida normal y vida anormal. La vida anormal es la que se elabora en el barro que llamamos cuerpo; y la vida normal, la que, al desmayo final del barro, nace en la entraña de la muerte una llama que se llama espíritu y que pasa a la eternidad. La vida anormal es el dolor, y la normal la felicidad. Mientras huele el hombre la faz de la tierra —calabozo aterrante del alma— no puede alcanzar la dicha, que sólo se encuentra en la eternidad, donde las almas, despojadas de la arcilla impura y efímera, viven purificadas como la luz. Toda alma que pasa al misterio goza de la gloria. La maldad de ciertos hombres se borra con la pena de la muerte. La muerte es una brasa, donde se purga, con el dolor supremo, los desatinos humanos. No hay dolor en el misterio. Los que tal cosa afirman, son los perversos que se ima-

ginan, sacrilegamente, ver, hasta en la lumbré inmortal el lodo putrefacto del fango en que se agitan. El misterio es Dios y Dios es la bondad pura. El infierno es la obra fantástica de los hombres que necesitaron un medio seguro y poderoso para dominar a ignorantes y débiles y poder gozar en sus inclinaciones inmundas. Si el infierno existiera, Dios sería el primero en sufrir sus consecuencias, porque sabido es que Dios está en todo lo creado como todo lo creado está en Dios. Con esta razón podríamos decir que el infierno es Dios. ¿Cómo podía salir de la Bondad Suprema la venganza, el odio eterno? Un ente divino —la divinidad es sólo aplicable a la suprema bondad—, un ente sin mácula, como es Dios ¿cómo podía tener su corazón magnánimo abrasado en llamas infernales? O es que existen dos entes poderosos —el Dios Bien y el Dios Mal — que han hecho de las cosas y los hombres sus juguetes absurdos. Y si pensamos detenidamente en los poderes imperantes del Mal, quedaremos confundidos y nos aterraremos ante el silencio de estas preguntas: ¿Por qué el Mal ha formado del corazón su morada fatal? ¿Por qué el Bien es solamente flor efímera y exótica en pocas almas? Callemos el mundo de interrogaciones que nos viene como un torrente caótico, y pensemos, con los razonamientos formulados anteriormente, que es necesario creer que el mal, obra del barro únicamente, no puede empañar el Paraíso.... ¿Verdad, amigo mío, que el dolor o la pena no es sombra para la eternidad?

¿Qué podía yo contestar a estas filosofías audaces y terribles? Sus palabras claras y serenas me abrumaron. En mi interior noté un deslumbramiento inespereado. Parecíame que se desgarraba un velo negro y asomaba, como un alba, la luz de una verdad oculta.

Luego continuó:

—El largo preámbulo que acabo de formular le parecerá a usted ajeno a mi asunto. Con él he intentado convencerle que mi vida, como la de los demás, se agita en el punto de los dolores. Y ahora, comenzaré la narración extraña de mi vida.

(CONCLUIRÁ)

Alfredo Martínez

Quito, Ecuador

El Artista Mideros

(FRAGMENTO)



CTOR Mideros, artista fecundo, es infatigable en sus creaciones apocalípticas. Bulle en su cerebro la literatura del maravilloso y pueril pueblo de Israel, henchido de hiperboles, metáforas, promesas y amenazas. Ha entrado en el corazón de la predilecta grey que escuchó el tonante verbo de Moisés y cantó, con el vetusto legislador, el himno de triunfo después del paso del Mar Rojo. Revive al antediluviano patriarca Henoc, quizá empapado en su remota y problemática obra, saturada tal vez de los perfumes que embriagaron a Daniel. Acaso estuvo absorto ante la peregrina impresión etíopea de Laurence. Cuentan que el mágico libro se salvó del cataclismo universal flotando en los frágiles maderos que unió Noé para su arca legendaria. El primitivo iluminado describirá el idílico vegetal del paraíso y el ajusticiado agonizar del Orco; dará cuenta de los inefables amores de los ángeles con las hijas de los hombres; será el heraldo de castigos tremebundos. En vano su voz, que todo lo sabe, implorará clemencia. Sus sueños de pesadilla no han de ser nuncios del perdón ansiado. Su prédica, reflejo de los viajes fantásticos por la tierra y los espacios, está humedecida con las desesperadas lágrimas de los malvados que lloran el espectáculo de su ruina irremediable. Cansado de su misión anunciatrix, será arrebatado más arriba de las nubes, a penetrar en los secretos del Universo.

Mideros, genial en sus composiciones, las enriquece más con el envidiable don de sugerir ideas. A él se aplicaran, como artista sincero, las palabras de Victor Hugo: "La justicia en la inteligencia es la justicia en el corazón". Este poderío, signo auténtico de alta estética, es distintivo de los verdaderos artistas, saturados por el hálito de la Sibila de Cumas, o de la alucinante Pitonisa de Endor que, desde su sombría espelunca, corporiza los nombres de Samuel y dice a Saúl los bélicos horrores de Gelboe.

Ante la majestad de su cuadros, relacio-

nados muchos con el misterioso de la vida y el arcano divinal, se nos autojan frágiles figurillas las de los amenos paisajes que ponderan la galanura de los prados y el encanto eclógico de los rebaños de la serranía. Hasta los imponentes parajes andinos, coronados por las albas cúpulas de las cordilleras que besan el límpido horizonte, nos hacen la impresión de cosas de miniatura, lindas, afligranadas, arte de paciencia y copia; pero no de invención extática.

Mideros es gigantesco y simbólico en sus cuadros: supera las reproducciones del Chimborazo, la mole cien veces cantada y empequeñecida dentro de un mismo marco, como la parábola elocuente y alegórica, se yergue victoriosa por encima de los soberbios montes. No de otro modo el cálido sermón de la montaña es más encumbrado que la granítica cúspide que le sirve de púlpito.

Su fuerza de sugestión vuelve pequeño lo que antes creíamos colosal, lo que prueba que las comparaciones son peligrosísimas ante la talla mentalmente hercúlea del artista.

Atormentado Victor Mideros por una como fiebre dantesca y nazarena, ahonda, infatigable visionario, en el arcano, busca la luz, corre en pos de su estela, apostrofa al sol y a la luna, va por los círculos infernales llevando por guía, no al suave cisne mantuano del exámetro de oro, sino a los ferosos corceles bíblicos, a los que despiden llamas y son presagos de calamidades. En muchos de sus lienzos hay una pátina anticipada. Están rodeados de penumbra, y la imaginación acaalorada cree descubrir monstruos y fantasmás, los levitanes de Job, los osos vengadores de Elias, los lobos carnívoros que aullan en la sombra, implorandi caritativo gesto. Derrocha coloraciones fuertes, sorprendentes, prometeicas, animadas por el nimen y el atrevimiento del pincel, al que ni arredran el miguelarcángelico tema, ni las iras de Isaías.

Los estudios bíblicos son para él fuente inagotable de pensamientos convertidos en raras prosopografías. Por el milagro del

arte pictórico y através de los siglos remembrados, contempla las legendarias figuras de aspecto saturniano, cual genios del tiempo; patriarcas centenarios de luenta barba y ojos hipnotizadores, que conducen multitudes y fustigan pueblos, manejando, como un haz de rayos, las terribles conminaciones que arrojan a la faz de los déspotas. Cual flamígera espada, como la que vibró contra los expulsados del paraíso perdido, blanden el sarcasmo y la imprecación contra los inicuos.

Ya es Elías el que fulmina cruel anatema contra Acab, anuada con la sequía al edificador de Samaria, intimidada a su esposa Jezabel que quiso aniquilar al profeta; ya es Henoc que marcha infatigable, recordando la abominación de los impíos; ya el de la plegaria hierática, desarrapado y hambriento, que implora el pan espiritual, el afecto, la filantropía entre los mortales.

Empapado en las sentencias bíblicas, su paleta nos conducirá por tierras de promisión, a través del desierto, como aquél que descansaba su fatigada cabeza a la sombra de un enebro. Creeremos escuchar el ruido del torrente de Carith o el rumor de las aguas del Jordán que atravesó Elías andando en la superficie. Refrescaremos la leyenda de los cuervos que alimentaron al austero anciano; en viaje a Sarepta en donde recoge leña la pobre viuda que ha de obrar el prodigio de amasar, con un puñado de harina y unas gotas de aceite, el pan de los encantos que les nutrirá por largos días. El infante enfermo, su hijo, muere. El peregrino le resucita. Allí, en la penumbra, nos parecerá que contemplamos a los 480 sacerdotes de Baal, encarándose contra el oriundo de Tbesba, ciudad de la tribu de Galaad. Este, solo y animoso, les provocará a la prueba de los dos bueyes, tomando las emblemáticas doce piedras para elevar el ara sacratísima visitada por la centella purificadora. Pasa la silueta de Naboth, lapidada y sangrando. Lejos, queda la viña codiciada. ¿Qué legiones son aquéllas, reducidas a cenizas? ¿as que envió el terco Ochozias. Más allá rueda en el espacio el flamígero carro, cuyos bridones de fuego se remonta a la altura. Elisco recibe la suprema herencia del desaparecido que interesa aún a los orientales....

La escuela que ha cultivado Mideros es personalísima, única en su género en el Ecuador. Nada es, en este respetable templo, la estimabilísima joya del *Dies irae* de Pinto, el costumbrista admirable.

Asisten a Mideros las valentías del va-

te. Surge la imagen de un Doré dando proporciones colosales a sus lienzos. Incluye la poesía hebrea, trágicamente sublime, para transmitirnos la grandeza de sus episodios infantiles. Esculpe, más que pinta, en la dilatada tela, sobre la que ha de meditar largas horas.

Desconcertante misticismo se apodera de él, lo mismo cuando nos describe las torturas psicológicas de Marjána de Jesús, santa de Quito, que cuando reproduce el ángulo de su tranquila morada de sacrificios, donde sieubra las azucenas del candor; lo mismo cuando nos presenta la propopeya de la oración dominical, que cuando asoma el rey de burlas para los judíos ante el furioso populacho; que cuando nos hace oír, desde un cúmulo de brumas grisáceas, la séptima trompeta, en el día de las iras y de las venganzas, entre la muerte y el vórtice espantables....

Y hasta en rasgos de la primitiva historia nacional, el soplo religioso toma proporciones de huracán. Díganlo, en la noche furtiva, los funerales de las reliquias de Atahualpa, del sol del imperio, que es conducido por sus fieles hijos en las andas del dolor, en lúgubre y silenciosa teoría, y la aparición del Inca, meditativo y de luto, que se empina, adusto y desolado, presintiendo la pérdida de sus dominios, ante la inmensidad del firmamento y la agonía del astro de su excelcitud americana.

Rostros dulcísimos, fisionomías dolorosas, laceradas por los siete puñales de la angustia, en las que los ojos se cierran en infinita tristeza que deja adivinar inenarrable sufrimiento; semblantes serenos de maestros, gestos airados de precursores, fulguraciones titánicas, incendios espantables, suaves lampos, luces tenues, diestras fatales que señalan rutas nebulosas o estelas que marcan inciertas vías, trepitanes llamaradas, nimbos, llanuras sin fin, portadas infernales; calaveras y sierpes, el caos de los círculos dantescos, todo escorza el artista para despertar espíritus.

Se inicia el camino de la vida. El filósofo o el profeta, cargado de años y de experiencia, como secular pastor que hubicfa abatido no pocos cayados y destrozado muchas sandalias, muestra la senda de la existencia. Estrécha es y rodeada de sirtes. Tallada fue en la roca viva, como retorcido puente entre la vecindad de cien abismos. Es el relieve del peligro, fascinante, angustioso. La tortuosa vía, cual terrible y veridosa culebra, serpea hasta perderse en lontananza; allá, donde el crepúsculo se insinúa con resplandores

cárdenos, donde irradia el horizonte la paz rosicler de las ensoñaciones, donde sorríe la ciudad tranquila y eternal, la urbe platónica de los que cumplieron su deber y perseveraron en la jornada. El ideal brilla en la lejanía, después del fatigoso empeño. La razón, fría como el rígido anciano, está inclinándose a pensar en los pesares y miserias, en las dificultades del camino, circundado de vorágines. Empiezan a ascender por él los peregrinos de la vida, cada cual cargado de su cruz, cual nuevos Sísifos con el pesado fardo. Por el enorme cuadro desciende la augusta visión de Ilugo y alborea la excelencia de una parábola shakespiriana.

Abajo está el símbolo de la muerte: el cráneo puntiagudo y descarnado. ¿Para qué las fatigas del viaje con tan gráfica percepción? Mas, si alzamos la vista, contemplaremos al gigantesco anciano, al nuevo Homero de la epopeya humana, que extiende su diestra para señalarnos la ruta, hasta donde va a perderse en la lejanía, a desembocar en la ciudad de los ensueños que la voluntad realiza, si sabe disciplinarse y perseverar en lo que se ha propuesto. Todos, con carácter, ansiamos llegar a la meta, cualquiera que sea y como quiera que se dibuje en la fantasía, según la educación, las creencias, los gustos y aspiraciones.

"El camino de la vida" es un poema en el que Mideros meditó mucho tiempo, antes de que brotase de la paleta, fiel al impulso artístico que empuja los delirios. Volvió tangible, con acentuadas coloraciones y tonos que se esfuman, la tragedia

terrenal de los errantes peregrinos que, si flaquean un punto, pueden ser tragados por las simas insondables; si se desvían de la honradez, pueden ser devorados por el precipicio de los vicios.

Borrosas cruces aparecen al comienzo de la peregrinación, como indicándonos que en el valle de quebranto, si lejos brilla la esperanza, todo es universal dolor y desdicha lamentable. Mas la conciencia, rígida como el dedo del anciano, marca la trayectoria, como la del proyectil que va a dar, en el blanco. Si se desenfoca, perderá fatalmente en el bátrato social, a manera de la piedra que se hunde en el piélago profundo. "El camino de la vida" convida a reflexionar: es acicate para las ideas. El cerebro trabaja y envía sus órdenes al corazón, austera, indeclinablemente, cónido a los dictados de la moral y la experiencia. Quien no adquiere el hábito de pensar, no fecundará su jardín interior, no arrancará flores para regarlas en el camino de la vida sembrado de cardos y espinos y orillado por espantables boquerones.

La sugestiva "Exposición Mideros", rica en interpretaciones, semillero de ideas, será recordada como bíblico vía crucis de arte que conduce al Ecuador hasta la cima, en la que la Victoria de Samotracia, en la noble actitud de Ariel, despliega sus alas luminosas al conjuro de la inspiración de Víctor Mideros.

Alejandro Andrade Coello

Quito, Ecuador

MISTERIOS

(Cuento Fantástico)



N gallardo y hermoso león en toda la plenitud de la vida, ruga en un claro de la espesa selva y orgulloso de sí mismo, exclama:—¿Quién es más fuerte que yo? Soy el rey de las selvas; todos los animales son por mí dominados; yo dispongo de sus vidas como el soberano único y absoluto, porque este imperio hánnme dado mi valor y mi fuerza. Además, soy tan hermoso en mi fereza, que todos los seres de la creación me admiran y me temén.

Un cazador que por ahí andaba, escuchó embelsado y díjole con sorna: — ¡Hola!, vuestra majestad habla en un tono tan alto de fatuidad, que por los humos que gasta no hago sino reirme de la fuerza de que se precia.

El león miró al hombre con los ojos centellantes; llenó la selva con sus rugidos; se azotó los flancos con la espesa cola; sacudió y crizó su hermosa melena rubia; abrió la enorme boca dejando ver sus afilados dientes; desgarró el prado con sus poderosas garras como garfios de acero y dispuesto a devorar al insolente, le dijo así:—¿Quién eres tú audaz que ante mí te presentas desafiando mi poder? Bien veo que tienes deseo de morir entre mis garras. Eres un animal extraño y perdonarte la vida prometiéndote, si un rey alguna vez pudiera perdonar la burla que de su real majestad hacen sus vasallos.

El hombre al escuchar las palabras del rey de las selvas, lanzó una carcajada tan burlona y desafiante, que el león, loco de cólera, con la mirada losfórica y terrible, las narices abiertas, lanzó otro rugido aterrador, preparándose a dar el salto de muerte contra el cazador; pero en ese mismo instante la detonación producida por el disparo de un arma de fuego, repercutió en el silencio del bosque, y el rey del desierto cayó atravesado de los dos brazos dando fuertes rugidos de rabia y de dolor,

pugnando en vano por levantarse: estaba vencido.

El hombre acercándose a pocos pasos, le dijo: Desgraciado; ¿comprendes ahora mi poder? Me da pena verte cual te encuentras, pero tu soberbia y tus impetus de fiera, a herirte me han obligado. Comprendé que me debes la vida, porque mi intento no fue matarte para que apreciar pudieras mi poder.

—Sí, repuso el león, inutilizado estoy; pero tú, débil al parecer, con solo dos pies que parece que el viento te volteara; dime de qué medio te has valido para vencerme? Tú no serías capaz de resistir a mi poderoso empuje y un pequeño zarpazo te destruiría; pero me has vencido sin sostener la más pequeña lucha.

—Sí, te he vencido, y créeme hermosa fiera, que me causa pena el verte cual te encuentras. Sabe, pues, que mi poder es insuperable, mi fuerza extraordinaria!

—Tu poder...! Tu fuerza...! Ya me veo vencido, inutilizado; pero dime, ¿en qué consiste el poder y la fuerza de que dispones?—interrogó el león.

—Pobre rey de las selvas, respondióle el hombre: yo avasallo todos los elementos; domino en la tierra y todo lo creado está a mi servicio, y por poderosos que sean los seres, desde la ballena que en los océanos domina hasta vos que dominas con imperio en el desierto, son para mí tan débiles e impotentes, que me parecen despreciables juguetes: es la inteligencia que me hace tan fuerte. Esta arma con la cual te he inutilizado, es obra de mi ingenio y, mientras cualquier poderosa bestia quisiera acercarse para devorarme, yo, a distancia de dos mil metros le derribaría sin vida.

—A dos mil metros!... ¿Pero, el poder de tu vista a tanta distancia alcanza a divisar?

—He inventado el antejo de larga distancia y con ayuda de ese instrumento, puedo divisar una liebre a veinte kilómetros, repuso el hombre.

—Eres verdaderamente prodigioso y reconozco tu poder.

El Elefante

En ese momento escuchó el hombre algo como el ruido que el destrozo de arbustos y matorrales produce, e interrogó al león, qué era aquel ruido.

—Es un elefante que con su cuerpo se abre paso por la espesura de la selva, satisfizo la fiera. Pero os ruego que no le hagais daño, porque causarías sin necesidad otra víctima. Mas, ocultas y escuchar, podemos lo que diga.

El hombre y el león ocultáronse entre la espesura. A poco, el ruido se escuchó muy cerca y una masa enorme de carne se presentó allí mirando con recelo a todas partes, y dijo:—Algo huele aquí extraordinario; pero desgraciado de aquel que caiga en el poder de mi furia; con mis poderosos dientes le trituraría y con un solo pisón le dejaría reducido a una masa.

—Presuntuoso estais, amigo elefante, dijole el león, sin dejarse ver; no te referías a mí; pero quiero hacerte saber, que aquí hay un ser superior y más fuerte que los dos juntos, quien me ha perdonado la vida hace un momento, y dejádomé solamente herido.

—Perdonarte la vida a vos que sois el poderosísimo rey del desierto! Creo que os burlais....

—No, amigo, no me burlo y os voy a presentar, pero con la advertencia de que habéis de moderar vuestros ímpetus, porque aún no moverías un pie en su contra cuando serías muerto por él.

—Moderaré mi coraje, repuso el elefante.

Aparecióse el hombre, y el paquidermo lanzando una carcajada irónica, dijo al león:—Ya os dije que querías burlaros de mi credulidad: ese infeliz pigmeo habéis dicho que es más fuerte que los dos juntos? Gracioso estais, en verdad. Pero por vida vuestra, decidme, ¿en qué consiste su fuerza?

—Venid y vereis cual me encuentro, respondiéndole el león, quejándose de dolor.

El elefante lo vió, y el león dijole:—No ha querido matarme sino demostrarme su poder.

—Pues yo querría ver ese poder; porque aún me parece una broma que me hacéis.

Entonces habló el hombre y le dijo con una serenidad que heló la sangre de la bestia:—Me desafias y yo acepto vuestro

reto. Ahora embestid con toda vuestra furia y pujanza.

Pero el paquidermo no se movió y dijole:—Te respeto; pero quisiera saber en qué consiste vuestra fuerza.

—¡Mijaos, le dijo el hombre, en aquel árbol famoso que a distancia de cien metros se encuentra, y podéis comprobar. Diciendo esto levantó el arma y disparó en el tronco con bala *dundún*. El elefante fue y encontró el tronco destrozado en parte. Teneis razón, dijole; vuestro poder es extraordinario; ya veo que disponéis del rayo y lo lanzais a vuestra voluntad.

—Pero decidme, es aquella vuestra única arma de defensa?

—No repuso el cazador; el día que el hombre quisiera podría exterminar a todos los seres vivientes de la creación. Aguardad, quiero daros otra prueba.

Diciendo esto se alejó y acercándose a una enorme piedra que por ahí había, llenó de pólvora *melinita* un orificio que en ella encontró, combinó la carga del tremendo explosivo con un alambre, y regresó al sitio en el cual se hallaban el león y el elefante y les dijo: ahora poned vuestra vista en aquella enorme piedra y la vereis desaparecer. Y valiéndose de una pequeña batería eléctrica de bolsillo la hizo saltar en fragmentos diminutos. La repercusión como de un trueno cercano, aterró a las fieras que se pusieron a temblar; pero el hombre las calmó asegurándolas que no las haría ningún daño.—Sois terrible!, le dijeron, admirados.

El Áspid

Un agudo y repugnante silvido escucharon el hombre y las fieras, al mismo tiempo que dirigiéndose a los tres, se expresó así: Como me río yo de vuestras fuerzas, animalcés despreciables y presuntuosos; me causáis lástima en considerar que el momento que yo quisiese os daría la muerte. Los tres volvieron la vista y vieron una pequeña sierpe que enroscada en una rama estaba agitando furiosa la lengüesilla diminuta y roja dividida en dos partes.

—¡Oh reptil miserable, dijole el hombre reconociendo al áspid. Alejáos, porque me repugna!

—Me llaman el áspid, repuso la víbora extendiendo su cuello; yo no poseo la fuerza de que vosotros haceis alarde, pero hincó el diente venenoso que es la muerte.... Diciendo esto cayó de improviso sobre el elefante, hincó sus dientes, infl-

tró en su sangre el mortífero veneno y volviendo a treparse a la rama, dijo:— Ahora decid cual es el más fuerte, si esa mole de carne o yo diminuto reptil?

Mientras el hombre y el león aterrados de espanto lo maldecían, el desgraciado paquidermo agonizaba impotente, retorciéndose con la crueldad de sus dolores.

Las Hormigas

Pero en el momento en que el elefante agonizaba, el áspid lanzó un doloroso silbido y se retorció en la rama, diciendo:— ¡Victima soy de mis tremendas enemigas!

Brevemente fué devorada la espantosa víbora por un número enorme de hormigas que apoderándose de ella la dejaron reducida a esqueleto, a tiempo que entonaban esta canción: "Lo más pequeño es lo más fuerte; lo más diminuto es lo más cruel; todos los seres viven de otros seres y dan la muerte".

Los Insectos

Por ahí cerca, el hombre quiso examinar un diminuto charco de agua no más que de la capacidad de un litro, y sacando un pequeño microscopio lo examinó, y lo que vió fué aterrador: millones de seres libaban batallas reñidas, a cuyo espantoso espectáculo el hombre palidó. Eran varias especies que se devoraban unas a otras con feroz furia y daban alaridos de dolor. Sus formas eran varias, sus armas terribles. Acometíanse a dentelladas, tenían aguijones y poderosos garfios con los cuales heríanse de muerte y de verlos de un tamaño superior, horripilarían.—¿Qué véis con tanta atención?, dijo el león al hombre.

—Miro, dijo el hombre, una batalla formidable de millones de seres que se desfogzan, se devoran y me causa terror el contemplar.

—Sí, unas especies devoran a otras....; pero entre los mismos no se destruyen. Y vosotros los humanos, os destruíis mutuamente?, interrogóle el león.

El hombre se avergonzó ante la bestia y respondió:— Sí, entre los hombres nos destruímos y nos damos la muerte con ferocidad, con saña; libramos espantosas batallas y anegamos en sangre los campos y las ciudades.

El león se estremeció y repuso:— Me horrorizáis; ¡matarse entre los de la misma especie....! qué monstruos sois!; mientras nosotros sólo damos la muerte a animales diversos, y esto por necesidad de vivir.

El hombre enrojeció y suspirando dijo:— Tal es nuestra condición: las pasiones nos dominan. Esta arma que veis, poco sirve para matar a otras especies, y esta y otras muchas de horrendos efectos, las empleamos en destruirnos mutuamente.

—Y os coméis?, volvió a interrogar el león.

—El hombre salvaje es antropófago y come a su semejante, pero el hombre civilizado sólo se mata y sus despojos se pudren en los campos de batalla.

El león se puso a temblar y dijo:— Me causais pena.

—Pero entonces, ¿por qué os matais sin necesidad?, añadió.

—Unas veces por orgullo y soberbia; otras, por ambición y codicia.

En ese momento el ruido de la hélice de un aeroplano se escuchó, y la embarcación atravesó el espacio rápida y majestuosamente. El león preguntó al hombre, que era aquello; y él le satisfizo diciéndole:— Son hombres que cruzan el espacio.

—¿También voláis como las aves?

— Nuestra inteligencia todo lo puede, contestóle; pero los grandes y poderosos inventos que diariamente realizamos, en su mayor parte, son para destruirnos en las guerras.....

Este diálogo fue repentinamente interrumpido por un doloroso rugido de la fiera que empezó a retorcerse desesperadamente.—¿Qué tenéis?, interrogóle el hombre sorprendido.

—Es el insecto terrible que taladrando mi oído se introduce en mi cráneo y morirá sin remedio víctima de su crueldad. Es el enemigo implacable que yo tengo, contra quien nada pueden mi valor y mi fuerza.

—Aguardad, le dijo el hombre; yo os voy a salvar; ¿pero me prometéis no ofenderme?

—Soy generoso y os debo la vida. Salvadme por vida vuestra y seré vuestro esclavo.

—Os salvaré y seréis libre, le respondió, apresurándose a extraerle el insecto fatidico que le hacía temblar de desesperación.

—Cuán sabio sois, oh rey de la creación; yo os admiro y bendigo, díjole la fiera.

Carlos B. Sevilla

Ambato, Ecuador

PAISAJE EMOTIVO

LAS horas avanzan lentamente; una lluvia fina de agujas finas y penetrantes cae, con intermitencia, en los huertos solitarios; la casona, en reposo, hierática y solemne, se levanta en la plenitud campal de un jirón de cordillera; tonos oscuros, espesos, de nubes aglomeradas y amenazantes, envuelven en una tristeza de misterio el paisaje: hora de sol, sin sol; hora de luz, sin luz: hora de concentración, de añoranza, de recuerdo....

Filosofías del pasado; veleidades del presente; predicciones del futuro; el ayer, el hoy, el mañana, sutilezas imaginativas que ruedan locas a desembocar en el misterio de la vida... Y la Vida? Pélagos infinito, impenetrable, en donde cae cada hombre para remover sus ondas, para agitar sus entrañas, para apurar sus agnias, dulces, amargas o salobres, y seguir la ruta, como una piedrecilla lanzada en el océano, hasta dar con el fondo, si es que nos forjamos la sucesión de la vida....

Y en el diorama meditativo, en contraste con el paisaje de tintas grises y cargadas, como una anunciación de sol, surge en mi interior, con todo su esplendor y toda su belleza, el gran motivo que nos da la razón de

ser, de palpar, de existir. Y pienso que mientras podemos amar y mientras podemos sentir y mientras podemos poner, en cada aurora, una esperanza, un ensueño y un amor, ya podemos vivir, porque frente a las torturas del pensamiento, que acicatea y busca la verdad, que plantea problemas y subraya teorías y nos tortura con el afán loco de aprisionar la vida y obligarle a decir todo lo que "es" y todo lo que "somos", está la poesía del corazón, rojo y saugrante, que revienta en poemas como rosas encendidas de jardines tropicales....

Y busco la conciliación en la vida así: pensar honda, fuertemente, hasta que el pensar se nos haga un deleite, mirando cara a cara a la Esfinge de la vida, seguros de que, si no llegamos a arrancarle la verdad, toda la verdad, habremos, por lo menos, sorprendido muchos encantos y muchos secretos que nos darán la clave del sentimiento, de la emoción, del amor, en sus más puras e irisadas formas, en sus más intensas y llamantes fulguraciones, y lograremos fundir la vida en la pira de nuestro corazón, como en un crisol de ensueño, con cintilaciones de eternidad....

Luis F. Torres

Quito, 1927



Quito visto desde el Normal "Juan Montalvo"

POESÍAS

EL BAÑADO

Túnica desceñida iba la claridad
última de la tarde cayendo al horizonte,
algunas aves lentas cruzaban hacia el monte
de donde parecía brotar la oscuridad.

Lucían aún las olas las puntas flameadas
de sangre del crepúsculo entre juncos sombríos
y al fin las vanas muñecas de los pesares míos
quedaron en la orilla con las alas plegadas.

Ignoraban los hombres, el pensar, el destino,
la vida era una cosa estática, sin voz....
y un pensamiento enorme como un águila vino
a ponerse en mis hombros para hablarme de Dios.

Tomás Allende Irigorri

AIRE

El aire juega a las distancias:
acerca el horizonte,
echa a volar los árboles
y levanta vidrieras entre los ojos y el paisaje.

El aire juega a los sonidos:
rompe los tragaluces del cielo,
y llena con ecos de plata de agua
el caracol de los oídos.

El aire juega a los colores:
tiñe con verde de hojas el arroyo
y lo vuelve súbito, azul,
y le pasa la borla de una nube.

El aire juega a los recuerdos:
se lleva todos los ruidos,
y deja espejos de silencio
para mirar los años vívidos.

Xavier Villaurrutia

TRIUNFO

De todas las fichas que yo habré jugado
 en el juego amargo de cada ilusión,
 sólo hay una con la que siempre he ganado,
 y es la ficha roja de mi corazón.

Yo sé que he perdido sobre la ruleta
 del destino, el precio de mi salvación:
 mi fuerza de hombre, mi pres de poeta...
 ¡pero guardo siempre puro el corazón!

Hace mucho tiempo que tengo apostado
 con la vida, un juego de honda sensación.
 Y confío... ¡porque yo siempre he ganado
 cuando, en lo que apuesto, va mi corazón!

Jaime Torres Bodet

UNA MIRADA

La perdí de mi vida: en vano en los plurales
 rostros, el fulgor brusco de su fluido divino.
 No hay copias de sus ojos; tan sólo un hombre vino
 con ellos a la tierra; no hay pupilas iguales:

Rodando el globo blanco, mundo que anda despacio;
 y la pupila parda, cavado pozo oscuro,
 y la mueca, terrible: (leños de nervio impuro;
 pretextos de que nazca la llama y logre espacio).

No más bellas que suelen tantas bellas pupilas...
 ¡Tántas!...: si las prendieron en desusadas filas
 como collar del mundo, serían su atavío.

Pero lo que adoraba no es lo mejor: yo busco
 un modo de asomarse; el luminoso y fusco
 resplandor de dos únicos orbes; lo que era ^{mi} mío....

Alfonsina Storni

BIBLIOGRAFIA

Las Siete Cuerdas de la Lira, por Alberto Masferrer.

El gran pensador y estilista centroamericano, Don Alberto Masferrer, que ha dado valiosos trabajos para enriquecer las letras hispanoamericanas, nos ha enviado uno de sus últimos libros que lleva un sugestivo nombre: *Las Siete Cuerdas de la Lira*.

Libro bello, bello como pocos. Para leerlo con unción es necesario encastillarse en la soledad y con el alma presta a recibir un baño de luz extraterrestre.

Cuando leemos sus páginas — velos transparentes de mundos invisibles — hay en nuestro interior rumor de alas seráficas, música de esferas fugitivas, hábito de brisas perfumadas. Y nuestro espíritu, bajo un horizonte no presentado y una armonía no percibida, queda absorto y extático.

Esta obra es como una sinfonía de Beethoven. Su armonía y sapiencia puede embellecer el alma del hombre.

«Tu misión es hacerte un cristal.

No un sol — porque los soles vienen de muy alto —, sino un cristal que concentre los rayos del Sol; que abra camino a través de su transparencia, y ya juntos en haz resplandeciente, lleve su luz aún a los ojos más nublados; aún a las mentes más oscuras; aún a los corazones más dolientes». Estas son las primeras palabras que encuentra el lector y es fuerza pensar que se ha llegado al pórtico de una mansión magnífica, donde sólo deben entrar las almas blancas, las almas puras como la luz.

«Cantemos, ¡oh hermanos!... hagamos de nuestra vida un cántico...» Con esta frase, que es la oración de un hombre justo, de un hombre que ve en las cosas más humildes la esencia purificadora de Dios, termina el libro. Y al cerrarlo, queda en nuestros oídos la música inefable de una lira perdida del ciclo a la tierra, cuyas siete cuerdas vibran al contacto de dedos invisibles y con la corriente magnética de nuestros actos.

* *

Botánica, por Abelardo Flores.

Hace tres meses que leímos con agrado e interés un texto de *Zoología*, compuesto por el profesor normalista Sr. Dr. Abelardo Flores. — El tema, correctamente desarrollado, es digno del encomio más franco. — Ahora nos acaba de sorprender con un nuevo libro

intitulado *Botánica*, cuyas páginas hablan muy claro del profesional que estudia y se desvela por dar al preceptorado ecuatoriano métodos modernos para la enseñanza.

La sencillez y dominio sobre la ciencia que desarrolla en ambos textos, evidencian, halagadoramente, que los educandos podrán ya abarcar los ramos de las Ciencias Naturales con más facilidad y comprensión que los que prestan los antiguos textos extranjeros, que hacen de estos estudios un problema fatigoso.

Los nuevos libros de Ciencias Físicas y Naturales que anuncia este distinguido profesor, constituirán, sin duda alguna, un triunfo definitivo para el Magisterio Ecuatoriano, que todavía no acaba de extirpar métodos caducos y peligrosos para la mente del niño, que requiere, en la actual corriente civilizadora, el estudio conciso, fácil y provechoso.

Nuestros efusivos parabienes al Sr. Dr. Abelardo Flores.

* *

La Gruta Azul, poesías de Francisco Villaspesa.

Acabamos de leer un nuevo libro de poesías de Francisco Villaspesa, publicado por la Casa Maucci de Barcelona, que en poco tiempo ha enriquecido su colección con varios libros del poeta, tan prolífico, vario e inspirado.

La Gruta Azul contiene versos para todos los gustos, románticos como los treinta y siete primeros sonetos, que son una filigrana de ejecución, sonetos hechos de un solo bloque, burilados en sus cuatro estrofas, abrazados en un mismo pensamiento.

«Tristes amores», otros cuatro sonetos, que el lector desearía que fuesen cuarenta, pues en ellos el arte se desborda en bellísimas imágenes y hondo sentimiento.

«Angustias de Amor» y «Venciana», merecen también los honores de devotísima lectura, así como las composiciones tituladas «Morena mía», «Plus Ultra» y «Las niñas grises», que son de lo mejor que Villaspesa ha producido.

Cierra el libro *La Gruta Azul*, con broche de oro, el «Responso Heroico», dedicado al oficial español desconocido encontrado en Santiago de Cuba el 12 de Marzo de 1922, y

«La Isla Crucificada» (Santo Domingo), tan hermosamente cantada por el poeta, con acentos de dolor patrio.

Este libro está muy bien editado, y lleva una cubierta en tricoloría, de Gastón Pujol.

* * *

Teatro Cómico, por F. Pérez Capo.

Este incansable escritor, de ilustre abolengo, acaba de reunir en un tomo, bajo el título arriba expresado, sus mejores sainetes, monólogos y entremeses.

Lectura agradable, de ameno pasatiempo es la de las obras teatrales, que han entrado en el dominio corriente, pues bien recordamos que antes, la tirada de las obras escénicas se reducía a los posibles ejemplares, que requerían las empresas para representarlas, y allí terminaba la influencia de estas obras literarias. Nadie se tomaba el trabajo de buscar una comedia, un drama, un sainete, que creían que no era obra de lectura amena.

La gran difusión del libro abarcó también la obra teatral, por fin y actualmente son contadas las bibliotecas bien nutridas que no poseen colecciones de la dramática antigua y contemporánea.

A esto obedece el cuidado de colección y selección que los autores hacen con esmero y publican en las mejores condiciones de presentación, lejos de aquellos cuadernos mal impresos, sucesores de los pliegos de cordel.

El *Teatro Cómico* que nos ocupa contiene los sainetes *Luna Park*, *El día Momo*, *Misé Benuá* y *Susana y los tíos*; los monólogos *La Zaragatona* y *La primera cama*; los entremeses *El doctor Conteno*, *La Novia de don Juan* y *Pachín de Mieres*; la farsa cómica *La rosa de plata*, y las comedias *El señor Liborio* y *El hombre del día*. Todos estos trabajos escénicos son de amenísima lectura; y han sido aplaudidos en muchas representaciones.

Teatro Cómico forma un volumen de 304 páginas con preciosa cubierta en tricoloría, de Gastón Pujol, y ha sido editada por la Casa Maucci de Barcelona.

* * *

Anales de la Universidad Central,

Núm. 260. - Quito.

El primer trabajo que encontramos en la nueva edición de esta importante revista trimestral se intitula: *La Constitución en Psiquiatría*, estudio sobre las enfermedades mentales, tratado admirablemente por el distinguido profesor de Psiquiatría e Higiene de la Universidad Central, Dr. Julio Endara.

Anotamos otros trabajos de interés: *Estudio Anatómico-Patológico de la Médula*, por J. Guillermo Torres O.; *Electrocución*, por

Alejandro S. Melo; *Complemento al Curso de Hidráulica*, por Rafael Aníbal Jarrín, y *Los Métodos de Psicología*, por Angel Modesto Paredes.

* * *

Nosotros.—Buenos Aires, Argentina.

Ha comenzado a visitarnos puntualmente esta gran publicación bonaerense de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales. En los números que hemos leído con avidez encontramos el poema exquisito, la prosa elegante, el ensayo magistral, la filosofía moderna, la ciencia rica, evolutiva, que actualmente está creando nuevas normas para la civilización completa de la Humanidad.

Esta revista mensual, órgano de gran valor en la bibliografía indohispánica, la dirigen dos valiosos exponentes de la cultura americana, Don Alfredo A. Bianchi y Don Roberto F. Guisti, publicistas y escritores notables.

* * *

Cultura Venezolana.—Caracas, Venezuela.

También nos visita con puntualidad esta importante publicación dirigida hábilmente por Don José A. Tagliaferro, quien se afana por presentar, ante el concierto americano, una revista que sea la expresión genuina de la cultura de su gran País.

* * *

Revista del Colegio Nacional "Maldonado".—Riobamba, Ecuador.

Bajo la dirección del poeta y escritor Miguel Angel León, ha comenzado a publicarse esta revista riobambina. El preámbulo que trae no puede cifrar más optimismo y juventud: "Es menester lanzar lo más lejos posible las palabras redentoras; hacerlas rodar como una pelota de llamas por todos los rincones... Trabajemos por forjar una juventud libre, audaz, alegre y consciente, porque la humanidad está avergonzada de haber tenido por maestro a Job..."

* * *

Tierra Nativa.—Bucaramanga, Colombia.

Revista importante de letras. La dirige J. M. Salazar Alvarez.

* * *

Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores.—Quito, Ecuador.

La dirección de esta revista está a cargo del Jefe de Archivo, Sr. Dr. Augusto Proaño.

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines — Cotin — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lienzos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pañolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Franelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco. — Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje, etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. — Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SORRI N° 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca, Guayaquil y Manta.

Cuatro Revistas Valiosas

EL FIGARO

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA

Director y Subdirector:

Dr. Ramón A. Catala y René Lufriu

Administrador:

Francisco Bustillo

San Ignacio 52.—Apartado Núm. 369

Habana-Cuba

CULTURA VENEZOLANA

REVISTA MENSUAL

Director:

José A. Tagliaferro

Administrador:

Ernesto Spinetti

Verves a Jesuitas 14.—Apartado Núm. 293

Caracas-Venezuela

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Dirigida por

Carlos A. Amaya

Julio V. González

y Carlos Sánchez Viamonte

Secretario:

Pedro A. Verde Tello

Avenida 53.—Núm. 538

La Plata-Argentina

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores:

Alfredo A. Birnchi y Roberto F. Giusti

Secretario:

Emilio Suárez Calimam

Libertad 747.—U. T. (41) 3.354, Plaza

Buenos Aires-Argentina



Sabe Ud
qué
significan

Significan
que Ud. sufre
de "hipercloridria," es decir,
que su estómago
elabora más ácido
clorhídrico del ne-
cesario, y que, por
tanto, la digestión
no se efectúa del
modo debido.

Sabe lo?
que se debe?
hacer

Tomar después de las
comidas una cucharadi-
ta de

**LECHE DE
MAGNESIA DE
PHILLIPS**

que es el mejor "anti-
ácido" conocido desde
hace medio siglo.

La Leche de Magnesia
de Phillips es, también,
el laxante clásico para
niños y personas delica-
das, por lo suave e ino-
fensivo. **No hay médico
que no la recomiende.**

¡MADRES!—La Leche de
Magnesia de Phillips es
cincuenta veces más efec-
tiva que el Agua de Cal
para impedir que el alimen-
to se "agrie y se cuaje" cau-
sando al niño cólicos, vómi-
tos y estreñimiento.

ZOOLOGÍA



Hállase de venta en las principales librerías el
PRIMER TOMO de esta obra del PROFESOR NORMALISTA
Abelardo Flores;

TEXTO PEDAGÓGICO arreglado de acuerdo con los principios de la moderna ESCUELA DEL TRABAJO,
destinado al Preceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Seminarios, Liceos, etc.
Esta obra y la de BOTÁNICA del mismo autor han merecido la aprobación de notables profesores de Ciencias
Biológicas de la Universidad Central y del Instituto Mejía.

Para pedidos dirigirse al Autor. - QUITO-ECUADOR

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMERICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director : <i>Enrique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. García Monge</i> Apartado Letra X</p> <p>Suscripción anual: 5 6 oro americano San José, Costa Rica. C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Organo mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 15 pts. Número suelto 3 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director : <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^a de Gamoneda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>El Consultor Bibliográfico</p> <p>Publicación mensual</p> <p>Suscripción anual, en los países de la lengua española o portuguesa, 5 ptas.</p> <p>Dirección y Administración: Muntaner, 328 Barcelona, España</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Sariol</i> <i>Ángel Cañale Vivó</i> Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>HERO</p> <p>Magazine Latino Americano</p> <p>Director : <i>Atanasio Fernández Movera</i></p> <p>Suscripción para España y América:</p> <p>Semestre,..... 2 dólares Un año,..... 4 dólares</p> <p>Oficinas: Céspedes, 25 y 36½ Sancti-Espíritus, Cuba</p>	<p>Santalé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Victor E. Caro</i> y <i>Eduardo Guzmán</i> <i>Esponda</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

BOTÁNICA



Acaba de salir a luz el **PRIMER TOMO** de esta obra del
Profesor Normalista, ABELARDO FLORES;

TEXTO PEDAGÓGICO arreglado de acuerdo con los principios de LA MODERNA ESCUELA DEL TRABAJO,
destinado al Preceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Seminarios, Liceos, etc.

Esta Obra y la de ZOOLOGÍA, del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias
Biológicas de la Universidad Central y del Instituto Mejía.

Para pedidos dirigirse al Autor. QUITO-ECUADOR